
Vivir del cuento

José O. Alvarez

Literart.org



©José O. Alvarez

Editorial

Literart.org

ISBN: 958-33-2822-7

Diagramación:

Grupo Literart

Ilustración:

Boceto

Agustín Alvarez

Carboncillo

<http://www.literart.com/justi>

Taller Literart

Bogotá, Colombia

2004

Índice

<i>La monja de Borinquen</i>	7
<i>Don de la paloma</i>	13
<i>Prometeo desempleado</i>	15
<i>Angeles de Eslovaquia</i>	19
<i>Exhibicionista frustrado</i>	21
<i>Constelación edípica</i>	25
<i>Fulan O y Sutan A</i>	29
<i>La leche de Felipa</i>	31
<i>Sherezado</i>	33
<i>Divina terquedad</i>	37
<i>Sagrado libro</i>	39
<i>Elsoytú</i>	41
<i>Misa por la guerra</i>	45
<i>Juan Pablo, el marchista</i>	49
<i>La marcha de los ácaros</i>	53
<i>Fogoso patriotismo</i>	57
<i>Vivir para contarla</i>	59
<i>Aplastante maná</i>	63
<i>Soledad canina</i>	65
<i>Amores perros</i>	67
<i>Perros calientes</i>	69

<i>Deuda saldada</i>	71
<i>Apocalíptico ícubo</i>	73
<i>Serpiente</i>	75
<i>Luisemas</i>	81
<i>Impotencia sansónica</i>	83
<i>Capador</i>	85
<i>Pavo navideño</i>	87
<i>Almas gemelas</i>	89
<i>Vellocino de oro</i>	91
<i>La revancha</i>	95
<i>La patada</i>	97
<i>La permanencia de Marta</i>	101
<i>Huevos de oro</i>	105
<i>Vivir del cuento</i>	109

La monja de Borinquen

Los escritores no quisieron quedarse en el convento habitado por fantasmas. Habían sido invitados a participar en la Feria Internacional del Libro de Puerto Rico y todos optaron por dormir en el hotel de la universidad, aunque tuvieron que compartir el cuarto.

Lo que a ellos desanimó a mí me animó. Hasta ese momento nadie se había atrevido a pernoctar allí; sin embargo, acepté quedarme en ese antiquísimo monasterio mandado a construir por el emperador Carlos V en 1786, en el mismo lugar donde descansan los restos de las monjas carmelitas.

Cuatro llaves sampedrinas me dieron para abrir los monumentales portones de madera reforzados de hierro que se repiten como espejos desde la entrada hasta la sacristía, celda que ha sido adaptada como modesta habitación.

Al filo de la medianoche sentí un escalofrío que me dejó sentado, rígido de espanto, con los pelos puerco-espín. El hechizo de una mirada glacial congelaba mi cuerpo, a pesar del insoportable calor caribeño que me había hecho acostar desnudo. Por las rendijas de una bóveda, que quedaba en un nivel inferior, salía un vapor celeste de hielo.

Al medio volver en mí, de regreso de ese terrible espanto, cauteloso me acerqué a golpear la cripta que se vino abajo como un castillo de naipes. Al descubierto quedó una mujer

de inmortal belleza cuyos ojos tenían el brillo de la madrugada.

—Gracias por liberarme.

El pavor que se había apoderado de mí amainó un poco ante el dulce encanto de esa voz con acento peninsular. Por un momento llegué a pensar que era una broma de los organizadores de la Feria Internacional del Libro que querían poner a prueba mi menguada capacidad de asombro. El olor a santidad que emanaba y las caricias que me daba para regresar mis erizados vellos y cabellos a la normalidad, me hicieron ver un cielo desconocido.

Tratando de esconder mis vergüenzas me vestí y le ofrecí un pantalón y una camisa para que dejara ese pesado traje salido de telares medievales. Zapatos no quiso ponerse, ni tenis, ni sandalias. El calor volvió a atacarnos y la sed se apoderó de mi cuerpo que había dejado de temblar. Le propuse que saliéramos a tomarnos una Medalla y ella gustosa aceptó. Cuando me dirigía a la puerta, me tomó de la mano y me condujo por un pasadizo secreto que conecta con la Calle de las Monjas, por donde bajamos. Por la caleta del mismo nombre subimos hasta la Calle del Santo Cristo y nos metimos en el bar de Doña María, cerca del Parque de las palomas.

Sentados en la barra estaban dos zuritos dándose piquitos. Cerca de ellos, dos mujeres de exuberantes atributos hablaban animadamente mientras bebían cerveza y fumaban como murciélagos. Al fondo se escuchaba la misma tonada de Pablo Milanes repetida hasta la saciedad. Una de las chicas la tarareaba mientras la otra trataba de convencerla de ir a hacer el amor.

Mi compañera me miró con cara de interrogante y yo le contesté con alzada de hombros que ahora eso era lo normal.

—Anda —me dijo desbaratando el asombro—, pues parece que la cosa no ha cambiado en cuatrocientos años.

Lo que no lograba comprender era por qué muchos turistas solitarios que caminaban despistados por las noches sanjuaneras se acercaban y me preguntaban si la silla que ocupaba mi compañera estaba vacía. Nadie la veía, aunque a mí se me manifestara en todo su esplendor.

La chica reticente a claudicar a los amores lesbianos, para no crearle traumas a su hija de nueve años se fue para el inodoro. Su compañera me miró desafiante y agresiva me dijo que yo era un loco porque hablaba solo.

Me hice el loco y le dije que tal vez divagaba en voz alta empujado por el efecto que las Medallas ejercían en mi cabeza. Sospeché que si le presentaba a mi compañera la devoraría en un santiamén.

—Me he dado cuenta de eso —dijo la machorra con la intención de meterme miedo—. Aquí a los turistas que andan solos, como usted, a estas horas se les aparece la Monja de Borinquen que fue tapiada en los muros del convento que queda en esta calle.

Noté que mi compañera se puso incómoda y me dijo con la mandíbula, señalando la puerta, que nos fuéramos.

—Déjeme yo lo invito —me dijo la marimacho cuando quise pagarle a doña María—. Y ojalá que se encuentre con sor Elvira.

La alcohólica carcajada que los habitantes del bar lanzaron, celebrando su estentórea maldición, golpeó los oídos de mi compañera que se los cubrió con las manos. En la Calle del Santo Cristo, y como si descubriera un secreto a voces, me confirmó que ella era sor Elvira. Le dije que lo había presentado desde el momento en que la vi por primera vez encerrada en esa cripta del convento.

Mientras caminábamos por la calle de San Sebastián, en medio de una humareda de marihuana que salía de los bares aledaños colmados hasta el tope de jóvenes y jovencitas que

mostraban su ombligo al mundo, me contó su triste historia y cómo su angelical belleza había sido su perdición.

Sor Elvira era prima de Carlos V y se había recluido en el Monasterio de «El Abrojo», en Laguna de Durero. El emperador mandó construir un palacio y compró todas las tierras alledañas para convertirlas en bosques reales. Quería estar cerca de esa amada esquiva. Huyó de él con destino al Nuevo Mundo al saber que quería desposarla. Era consciente que las uniones consanguíneas, frecuentes en las monarquías de la época, procrearán retoños que en la edad madura eran perseguidos por los fantasmas de la locura, como los que atacaron a su bisabuela Juana.

Aunque no era hija legítima, su primo Carlos estaba enloquecido por ella. Su ardiente belleza trascendió las fronteras y no sólo era su primo el que anhelaba poseerla sino casi todos los desquiciados herederos de las dinastías reinantes.

En el Nuevo Mundo se metió en el convento de las hermanas descalzas tratando de ocultar esa belleza que lo eclipsaba todo.

El Inquisidor criollo, un hermano dominico cuya panza asomaba primero por las esquinas, se enamoró perdidamente de ella. Por el pasadizo secreto que sólo él conocía se colaba para refocilarse con algunas enclaustradas.

Una noche se le apareció en su celda y quiso violarla, pero sor Elvira pataleó, manoteó y gritó como endemoniada. Las otras monjas corrieron a su celda y encontraron al monje maldito también gritando. Con las memorizadas retahílas sacadas del manual inquisitorial *Malleus Maleficarum*, exorcizaba a la hermosa novicia.

El dominico, que por las calles estiraba con desdén su brazo para que le besaran su enorme anillo que luego se quitaba con asco para meterlo en alcohol, le hizo un juicio. Pesó más la ciega lealtad que las órdenes cerradas tienen

hacia las autoridades y terminaron por aceptar el castigo que propuso el Inquisidor para lavarse sus mofletudas manos. Sor Elvira fue tapiada en vida en la cripta donde yo la había encontrado.

Por eso agradecida caminaba a mi lado, lentamente, contra mí ceñida toda, mientras la luna proyectaba una sola sombra larga a la que los perros le ladraban. Su hermosa cabellera, levantada por la brisa, se confundía con la noche de San Juan.

El estrepitoso bramido de la sirena de un transatlántico apresuró el paso de innumerables turistas que se dirigían hacia el muelle para embarcarse hacia otros rumbos. Sor Elvira me arrastró hasta el malecón porque sintió el llamado de su tierra. Yo corría, ella volaba.

En el puerto, la Monja de Borinquen entró al enorme edificio flotante sin que nadie la detectara. Traté de seguirla pero los guardias de seguridad me impidieron el ingreso al crucero que iba para España. Dispuesto a no perderla, insistí como un poseso.

Me maniataron y me enterraron en esta cripta.

El don de la paloma

Al enterarse Ruth Hinestroza que iba a quedarme a dormir en el viejo convento de la Calle del Santo Cristo, un escalofrío recorrió su cuerpo. Ruth cree apasionadamente en la Santísima Trinidad como en la teosofía de la nueva era. Aunque esas literaturas fantásticas me despiertan una sonrisa condescendiente, posiblemente el hecho de admirarlas a todas por igual me pertrecha de un sexto sentido que los creyentes y no creyentes ignoran por su obcecada intolerancia. Por eso alcancé a detectar su excitación y sus vellos rubios queriéndose salir de su piel tostada por las brisas caribeñas. Los dos huevos fritos brotando de sus pupilas me conminaron a creer en mí mismo.

—Te veo como un autor consagrado, —me dijo en tono conspirativo para no levantar los celos de los otros autores que participaban conmigo en la Feria Internacional del Libro de Puerto Rico y que habían rehusado quedarse allí por temor al fantasma de la monja de Borinquen.

A pesar de estar cansado de dar vueltas por las casetas libreras y de tanto hablar carreta con Ylonka Nacidit, la hiperactiva poeta dominicana, el anhelado sueño se rehusaba a aparecer. Con un temor sacropagano me puse a recorrer el enorme convento. Todo estaba cerrado y oscuro como la noche de San Juan. Traté de probar los celestiales llavines que me habían dado para abrir los enormes portones y la puerta de la celda en que iba a pasar la noche. Todo fue inútil. La puerta de la capilla, por el contrario, se abrió con el solo

intento de probar una de las llaves en su cerradura. Creí que el viento helado, que en ese momento llegó del inmenso patio, era el que me había hecho el favor de abrirlas. También dudé, por un instante prolongado, si alguien en el interior las había abierto para mí.

Si la oscuridad de afuera me hacía caminar a tientas, la de adentro era absoluta. Como ciego me introduje hasta que una luz azul que se desprendía de la cima de la cúpula asaltó mis pupilas. Desde mis cataratas vi cómo se confundían en uno el Padre, el Hijo y una hermosa Virgen que se levantaba hierática desde el altar. La blancura celestial del ave conteniendo esas tres figuras, iluminó completamente la capilla cual mediodía en plena medianoche.

Deslumbrado cerré mis ojos, junté mis manos y recordé la devota frase de Ruth: «Aunque no creas en Dios, entra a la capilla y reza». Algún poder tenía esa frase porque comencé a rezar. Recordé que de niño me elevaba a la divina esencia cuando el sacerdote levantaba la hostia durante la consagración. Los místicos hablan de la divina transverberación y los amantes de la orgásmica muerte. Esas cosas no igualan en lo más ínfimo la beatitud y la delectación del doloroso placer que irradió todos mis sentidos. Arrobas lágrimas me inundaron porque, posiblemente por primera y última vez, sentí con pavor que penetraba el enigma de todo lo creado.

Mi oración resonó en los oídos de las tres figuras convertidas en paloma. Creí que una apostólica lengua de fuego se precipitaba desde las alturas para unirme. Con resignación primero y con asco después, recibí sobre mi cabeza la fétida explosión de ese don acuoso que retumbó como una estrella apagada.

Ungido con la midasiana gracia de convertir en literatura cualquier cosa por insignificante que sea, veo con pavor que la visión epifánica de Ruth vislumbra la posibilidad de vivir del cuento.

Prometeo desempleado

Una bandada de chulos cubrió el cielo de Hialeah. Sus graznidos se confundían con el ruido ambiental que ha convertido su progreso citadino en uno de los más infernales del planeta.

Una paloma blanca se interpuso en mi camino. Al sobrevolarme le saqué el cuerpo. La confundí con el Espíritu Santo que meses antes me había ungido de dones en una capilla de Puerto Rico. Su sobrevuelo y su tímido chillido los tomé como un buen presagio y me animé a adentrarme en las tenebrosas oficinas de desempleo. Tuve que esperar largas horas para que me atendieran porque miles de desempleados se agolpaban allí a pedir compensación por haber sido despedidos de sus puestos de trabajo.

—Yo no sabía qué era mejor; que me dejaran o que me echaran —me dijo una señora de aspecto distinguido con ganas de soltar la lengua para enfrentar el tedio.

—No me diga que a ustedes les pasó lo mismo—, contestó otra que vestía una camiseta con un enorme letrero que pregona las bendiciones de Dios para ese imperio.

Casi todos comentaban que en sus empresas el recorte no sólo era de personal sino de sueldos. A los que estuvieron dispuestos a asumir las responsabilidades de los que se iban, por menos salario, les garantizaban la estadía. Contra nuestra voluntad los demás tuvimos que engrosar las filas del ejército de desocupados.

Los displicentes funcionarios mirando por encima de sus hombros trataban de controlar ese enorme regimiento de impacientes desempleados. Varios representantes de la ley, como desenjaulados del planeta de los simios, sacaban de las interminables filas a los que perdían la cordura para conducirlos hasta la azotea. De allí se descolgaba un fétido olor que sumado a los malos humores de los cuerpos de la gente, era como estar en los umbrales de la muerte.

Luego de esperar por mucho tiempo logré arribar donde una funcionaria peliteñida de rubio con un trasero descomunal que desbordaba su silla. Me dijo que tenía que hacer otra fila para llenar unos papeles. Resignado esperé otro tanto hasta que por fin un calvo de mustia mirada me asignó una computadora para que yo mismo llenara un formulario. “Si no sabe usarla, tiene que esperar”, me dijo con ese desgano que tienen los funcionarios oficiales para quienes el tiempo de los demás no existe.

El día antes de ser despedidos nos reunieron en el salón de juntas de la compañía que se vino a pique para pintarnos pajaritos de oro; que podríamos estudiar; que el gobierno nos iba a dar la mano; que la economía se estaba recuperando y que este era el mejor de los mundos. Ese optimismo, que superaba al de Leibniz, se hallaba lejos de las tinieblas proyectadas por los zopilotes que sobrevolaban las oficinas de desempleo.

Las vueltas que me daban de un lugar para otro y de un funcionario malacaroso a otro me fueron llenando de soberbia hasta que no pude soportar y comencé a despotricar de los empleados, del darwinismo neoliberal y de las desigualdades abismales de este mundo. Parecía que Schopenhauer se hubiera apoderado de mis palabras que rasgaron la oscuridad de esa legión de indigentes que veían sin ver y oían sin sentir, obnubilados por el sueño americano. Tímidamente empezaron a llenarse de mi fuego y a levantar la voz.

Hasta ese momento comprendí el mensaje de alerta de la resplandeciente paloma blanca que trató de impedir mi entrada a ese antro de ignominia. Antes de que la voz de la turba se volviera vocinglería, los gorilas me agarraron y me llevaron a la azotea donde me encadenaron a una roca. De allí era que emanaba el fétido olor. Por toda la terraza había hilachas de carne de desempleados que se habían atrevido a protestar. Los changos se las disputaban como si fueran regalos sacados de una caja de Pandora. Al verme expuesto al sol, cual Prometeo en bandeja, despedazaron mis carnes con una vitalidad impresionante.

Sin embargo mis entrañas, posiblemente animadas por mi poderoso deseo de algún día vivir del cuento, renacen a la vida con cada picotazo.

Angeles de Eslovaquia

Anoche mientras dormía un ángel de Eslovaquia cayó del cielo. Creí que despertaba para seguir soñando que una rubia de ojos azules se metía en mi sueño. Tuve que pellizcarme para comprobar que no era uno de mis frecuentes escapes oníricos.

Un suave beso me despertó y creí recuperar el paraíso perdido. El hermoso ángel me susurraba una frase melodiosa en un idioma extraño para mí. Eran tan celestiales sus palabras que las grabé en mi corazón:

Ja prichadzam z neba pocítit – tvoj zivot (He venido a llenar el vacío de tu vida.)

El aroma de flores frescas asaltó mi olfato de perro. Con mis labios recorrí el pétalo de su piel y bebí el rocío de su madrugada. Sus vellos erizados parecían espigas de trigo listos para la vendimia. En la fuente de su vida me detuve a beber la Vía Láctea hasta que sus progresivos gemidos la hicieron convulsionar.

Las flores en primavera son para admirarlas, olfatearlas, saborearlas y acariciarlas; no para estropearlas. Aunque mi animal despierto quería imponer sus instintos, interpuse mi condición de asceta. Me quedé contemplándola, mientras Annette tiernamente entraba en los laberintos del sueño con una sonrisa angelical. Mi ensoñación al verla tan radiante me hizo meterme en su sueño para descubrir que estaba en

Bratislava, compartiendo con su amiga Lianna la experiencia que acababa de vivir.

Teniendo como testigo al río Danubio y un barranco que conectaba con los Cárpatos, me volví brisa para repetir el recorrido por las hermosas tierras de Lianna acompañado de Annete. Cuando sus gimoteos se confundieron con el azul del cielo y con el viento que venía de las montañas, dejé que mi río se desbordara.

Ya L. C. Vila me había dicho que el amor perfecto es el triangular. Según la teórica de Vila, el hombre no tiene la capacidad para satisfacer a las mujeres. La experiencia con Annette y Lianna lo confirmaba.

El sutil aleteo de una mariposa y el olor a frutas frescas me despertaron. Me encontré frente a Annette, recién bañada. Dulces fragancias que se sienten a las orillas del Váh, del Orava, del Hornád, del Slaná y del Danubio emanaban de su cuerpo. Febrilmente tecleaba en la computadora. Suavemente acaricié el oro de su cabellera mientras trataba de descifrar lo que escribía en la pantalla.

Desde Tallahassee chateaba en checo con su amiga Lianna que se encontraba en Bratislava. Lianna solicitaba, en mayúsculas, que ella también quería inmortalizar su primavera en las letras de ese otoñal escritor que andaba de gira por las universidades del norte de la Florida buscando la forma de cómo vivir del cuento.

Exhibicionista frustrado

Dispuesto a vivir del cuento, quise aprovechar la oportunidad de la visita del Papa para colocar mi libro en la lista de los bestsellers.

Me despertó la multitud delirante que se agolpaba en la calle cantando la canción “Amigo” de Roberto Carlos. Mientras metía mi libro en un plástico, envuelto en una sábana me asomé a la puerta pero la muchedumbre me absorbió. Por no dejar escapar el libro, no sabía cómo mantener firme esas sábanas que cubrían mi desnudez. Decidí coger uno de los cueros de oveja que adornaban la calle por donde pasaría el ecuménico Pastor para armarme un taparrabos y evitar la abominación de que me trataran de exhibicionista. Un perro olfateó el cuero y de un tarascazo se lo llevó en los colmillos. Ante el temor de que el perro también se llevara mis gónadas dejé caer la sábana que tomó un grupo de marchistas que la izaron como bandera de la paz. La multitud me señaló con la intención de lanzar la primera piedra. Los imponentes mandos militares que desfilaban evitaron el linchamiento. Un comandante, cuya exagerada marcialidad no alcanzaba a ocultar cierto aire femenino, me miró con lascivo reojo. Mi temerosa sonrisa me permitió sugerirle que me llevara ante el Papa para entregarle la ofrenda con que me tapaba. Inmediatamente, cuatro perros de gafas oscuras me levantaron en vilo y me llevaron a una tienda de campaña repleta de vagabundos, locos y sospechosos de terroristas.

Me quitaron el libro de cuentos que había mantenido firme en mis manos metido en la bolsa plástica para entregarlo a su Santidad. En su lugar plantaron una pistola para justificar la detención y la tortura. Casi me arrancaron la barba creyendo que era postiza y el enema que me hicieron me dejó descoyuntado. Habían descubierto un arma letal en el intestino grueso de uno de los detenidos la cual se activó antes de tiempo. En átomos volando quedó el cuerpo del suicida. Brigadas de limpieza recogieron afanosamente los desperdicios regados cerca del templete donde se iba a celebrar la misa solemne.

—Con que a darle muerte a su Santidad... —decían voces grotescas de perros amaestrados.

Negando con la cabeza y aterrizado insistía en que sólo quería entregar al Santo Padre mi libro “Cuentos de vida, muerte y resurrección”.

—¡Un exhibicionista! —dijo la mujer que me acariciaba los testículos. Reconocí su femenina voz porque me susurraba al oído obscenidades mientras trataba de arrancarme una confesión y una delación de cosas que jamás habían pasado por mi pacífica cabeza.

Los gemidos que escuchaba en ese cuartel me trajeron a la memoria la ola de suicidios y accidentes que registraban los diarios. Un compañero de celda me dijo, *sotto voce*, que ya no quedaban pensadores sino consumidores. Los primeros progresivamente terminaban volcados en una carretera, volando en pedazos en aviones que se precipitaban al suelo, ahogados en alta mar, o desaparecidos. Las exhaustivas investigaciones de esas muertes misteriosas quedaban en el misterio.

Para evitar que esa racha de mala suerte me tocara, opté por conformarme con el anonimato. Una cosa eran los sueños de grandeza y otra la cruda realidad. Desde una cabina de cristal y en medio de una romería delirante, la voz de

Juan Pablo II se escuchaba a través de todos los medios de comunicación. Un atisbo de esperanza me asaltó al creer que le habían hecho llegar el libro, pues arrobado escuché que en múltiples idiomas hablaba sobre la vida, la muerte y la resurrección.

Constelación edípica

Al saltar a este mundo ayudada por una comadrona experta en menjurjes y brujerías, la criatura pegó un grito de terror que levantó de la silla al padre que esperaba impaciente la llegada de su primogénita.

Envuelto en una nube de sangre, añoraba el cielo recién perdido. La ira que tenía se la calmó el regazo de su madre que, sacando fuerzas de donde no las tenía, pidió que se lo dieran así: resbaloso, viscoso, amoratado.

Cada vez que lo apartaban de ella, su furia regresaba. Un cordón umbilical invisible, que no había roto con la pregenitalidad kleiniana, lo unía poderosamente a esa joven madre, todavía una niña para estar en esos trotes. Desde ese día la tierna señora ignoró al hombre que le había hecho insaciables cosas por donde había llegado su hermoso hijo. Decididamente cerró por completo toda posibilidad de ser manchada de nuevo.

El padre, que esperaba una niña, se llenó de celos superiores a los de Otelo y lo mandó matar. Quería evitar que unos sueños recurrentes, convertidos ya en pesadilla, se cumplieran. Supersticioso como era, gastaba una enorme fortuna visitando a un pitoniso que se anunciaba por la televisión al igual que Liberache. Dicho brujo le había pronosticado que el vástago primogénito lo reemplazaría luego de asesinarlo de un balazo y que su imperio levantado

a pulso caería en bancarrota.

Los sicarios contratados para realizar el trabajo lo llevaron a una agencia de adopción que no sólo traficaba con material vivo sino con partes de gente que desaparecía.

Ojos, riñones, hígados, piernas, brazos, ..., tenían buen precio en el globalizado mercado, pero los bebés dados en adopción superaban el mercenario pago entregado por el celoso padre.

Una pareja extranjera, que había tratado por todos los medios de tener un bebé, ofreció la suma más alta a través de eBaby.com, compañía especializada en subastas cibernéticas. Desconocían que dicha compañía estaba siendo cuestionada porque varios de sus usuarios, dispuestos al desmembramiento, utilizaban sus servicios.

—Es mejor darse la buena vida con un ojo, una pierna y un pie, que vivir en ascuas de cuerpo entero, —decía un tuerto, manco y cojo que había rematado sus respectivas partes. Estas declaraciones las daba a una revista que se regodeaba en los chismes frescos de las clases pudientes.

Con sus prótesis adquirió la elegancia inglesa que le abrió las sobornadas puertas a clubes de aristócratas, reforzada por el hecho de ser nuevo millonario.

El bebé creció en medio de mimos. Los padres dejaron de culparse el uno al otro de su infertilidad. Atrás quedaron los métodos de inseminación artificial, inseminación de semen capacitado, fecundación *In Vitro* e inyección intracitoplasmática de esperma. Todos los esfuerzos que antes habían realizado vanamente fueron concentrados en malcriar al niño. Desde el momento de levantarse, hasta el momento de acostarse, el infante imponía sus designios.

En la tierra de la libertad y casa de los hombres bravos, el chico se crió aprisionado a sus caprichos: que no quiero

ese cereal sino ese otro; que mejor Burger King; no mejor MacDonald; al final Taco Bell.

Haciendo lo que se le daba la real gana, llegó a la pubertad.

Incapaces de soportar ese bulto de desatinos, los padres decidieron regresarlo a su país de origen donde las necesidades que tienen que soportar la mayoría de sus habitantes forja gente dedicada, juiciosa, laboriosa, callada, dispuesta a vadear con el rebusque cualquier infortunio.

En la fría capital del altiplano se dio a la tarea de conocer los metederos dedicados al goce pagano. Por fin dio con un bar, en la zona Rosa, donde se reunían treintañeras clase alta a disipar el tedio que les daba la buena vida.

Fue amor a primera vista. Quedó prendado del espigado cuerpo de una hermosa mujer que conservaba intacto en sus medidas y frescura lo que había enloquecido al marido 18 años atrás.

A ella le pasó lo mismo. El deseo platónico y hegeliano que había sido truncado al perder a su hijo, pareció renacer en sus entrañas. Creyó reconocer los profundos ojos negros de seminarista de su primo Orlando, apodado «el furioso», que la habían subyugado cuando empezaba a despuntar como mujer. Para evitar el incesto, que producía hijos con cola de cerdo en su endogámica familia, la separaron brutalmente de su primo y la casaron con un desconocido.

En el pasillo hacia el baño la besó apasionadamente.

—Vamos a otro lugar donde estemos solos —le dijo. Caricias devoradoras recorrían el cuello de la treintañera. Sentía explotar una constelación de deseos enterrados y resucitados en todo su esplendor.

No se dieron cuenta que un Mercedes negro SEL 560, vidrios ahumados, a prueba de balas, les chupaba rueda mientras se dirigían a un motel que quedaba en las afueras de la sabana.

Al llegar al lúbrico establecimiento, un hombre maduro, gordo, medio calvo, les salió al paso y les apuntó con un revólver. Acostumbrado a los juegos de Sega, Nintendo, Super Nintendo, Play Station 1, Play Station 2, Xbox, sacó la pistola que sus padres le habían empacado «por si las moscas». Un balazo certero atravesó el corazón del energúmeno que los amenazaba.

–Gracias mi vida –le dijo la mujer, –me has librado de un cerdo.

Esperó a que ella depositara unas flores que arrancó de un decoroso mirto para tapar el hueco que había dejado la bala. Al detener la hemorragia de sangre negra que brotaba como manantial, con un guiño de ojo que brilló como centella, le agarró la mano y entraron al motel.

Fulan O y Sutan A

Siempre Fulan O (por ponerle un nombre), hacía fila en la registradora de Sutan A (idem), aunque las otras registradoras estuvieran vacías.

La juventud de Sutan A le hacía olvidar la *vejentud* a Fulan O que recobraba bríos de potro salvaje al oír su dulce voz y lograr por una fracción de segundos que esos hermosos ojos le regalaran la limosna de una mirada.

Fulan O no era tan viejo. El desempleo crónico lo había acabado. En los contados trabajos donde lograba adaptarse se atravesaba un supervisor que lo cogía entre ojos hasta que lo despedían. No soportaban ese algo ineluctable que Fulan O destilaba y con el cual desenmascaraba la estupidez humana.

Sólo encontraba consuelo en Sutan A. Desde todos los estantes la miraba. Esa boca nacarada y las perlas de sus dientes le traían a la memoria los trasnochados versos que le habían servido en su juventud para llevar al tálamo a sus novias. Nácar, marfil y todo lo de Sutan A lo tenían en vilo.

Aunque odiaba el canela de la piel en los otros que habían llegado de tierras lejanas a suplantarlo en forma regalada en sus trabajos, en ella le parecía perfecto ese color miel tan diferente a su piel lechosa llena de pecas que lo hacía sobresalir entre tanta gente de color.

Sutan A lo miraba con desprecio porque veía en ese ser, que la observaba como perro sumiso, al gringo cuello rojo, vengativo, ignorante, incestuoso y malo.

Tanto fue el cántaro a la fuente que logró romper la reticencia de Sutan A. Empezó por regalarle una chocolatina que pasaba sin cobrársela compadecida de la pobreza de ese miserable. Poco a poco fue cediendo a las melosas palabras que Fulan O le dirigía en un español acentuado que a Sutan A le parecía chistoso.

A Sutan A no le cabía en la cabeza que un gringo tan gringo, con idioma y todo, estuviera peor que los recién llegados. Sin embargo, le conmovían esos ojos de cielo entristecido que brillaban solamente cuando chocaban con los de ella.

Más por practicar el idioma que por otra cosa, aceptó *lonchar* con Fulan O hasta que un día terminó montada en su destartalada camioneta, otro día en una película y unos días después en su *trailer*. La traducción al español de los poemas juveniles lograron lo que no habían logrado sus lascivas miradas, su fiel insistencia por verla todos los días, ni sus clases de inglés.

Sutan A defendía con pies, manos, uñas y lenguaje obsceno esa virginidad tan preciada entre los familiares de su novio, unos hispanos que estaban deslumbrados con el sueño americano. Por eso le bastaba y sobraba con que él se detuviera en la rosada orquídea que tenía entre las piernas hasta sentir, con los ojos en blanco, todas esas cosas que describen con ardor y con furor plumas eróticas. Fulan O aceptaba no ir más allá: contemplarla desnuda era suficiente ..., lo otro era un regalo.

Ya en la soledad de su *trailer*, poseía su imagen hasta alcanzar la muerte orgásmica que lo elevaba a la divina esencia.

La leche de Felipa

La leche de Felipa es como una ambrosía. Felipa había dejado atrás a su niño de meses para cruzar la frontera hacia El Norte luego de que grupos armados en nombre de la ley ajusticiaran a su esposo por supuestamente colaborar con grupos armados al margen de la misma.

—No me aguantaba más el hambre y la necesidad —me dijo para despertar mi aletargada caridad sepultada por el trajín diario y la alienación del sueño americano.

La había visto en la iglesia donde acostumbro alabar a Dios, pagar mis diezmos, golpearme el pecho y salir renovado. Me llamó la atención esa belleza de mujer mestiza que conserva un porcentaje alto de princesa aborigen.

Le sugerí que hablara con mi devota esposa que, a pesar de hacer lo mismo con más exaltación, la miró como se mira una cosa. Fue contratada para cuidar a mi hijo que tenía la misma edad que el que Felipa había dejado atrás. Vertió en él todo el cariño y cuidados que sólo una buena madre da a un hijo.

Una noche la descubrí dándole leche de sus senos a punto de reventar. Una sana envidia me erizó los vellos. Se puso tan nerviosa como si la hubiera encontrado cometiendo un crimen que me tocó calmarla con un abrazo que casi ahoga al niño. Nuestro pacto quedó sellado. Mi emperifollada

esposa no se enteraría que el retoño que ella se negaba a amamantar, para no dañar su figura, era alimentado con leche de india zarrapastrosa, cochina, inmunda, como le decía cuando se demoraba un segundo en atenderla.

El niño se apegó a ella como lo hice yo. En sueños me bebía la leche de Felipa hasta que un día, desesperado, hambriento, con el complejo oral alborotado, el sueño se hizo realidad.

Mi mujer me encontró atareado mamando el dulce néctar y la lanzó a la calle amargando mi vida y la de mi hijo que no cesaba de preguntar por su “mami”.

Felipa fue reemplazada por una nueva nana que se asió a ese trabajo como último recurso. Era una prestigiosa abogada egresada de la mejor universidad de su país de origen que tenía que rebajarse a trabajar de sirvienta por carecer de documentos legales. Al igual que Felipa, todo lo que ganaba lo enviaba para su país.

Cuando vio al niño bañado, cambiado, peinado y perfumado, le dio pena con la patrona porque creyó que ella se había levantado a arreglar al niño y se había vuelto a acostar. Miró para el techo. Se quitaba de encima esa tediosa labor que ella misma no había hecho con su hijo dejado atrás, porque ella también, hasta que le tocó salir huyendo, había tenido quien se lo cuidara.

Lo que no sabían la nana ni mi esposa era que Felipa se salía de mis sueños para seguir cuidando a “su bebé” y para dejarme beber el elixir de la vida.

Sherezado

Luis Miranda me sugirió que leyera algunos cuentos de mi libro “Cuentos de vida, muerte y resurrección”, en la librería Fifteenth Street Books de Coral Gables, con el fin de conseguir algunos pesos para no ser degollado por el sultán de la vida.

En su transformación de hombre bohemio a ejecutivo exitoso, cortarse la cola de caballo ha sido uno de sus primeros pasos firmes. Piensa lanzar al mundo de los bestsellers las obras de los que integramos la diáspora, empezando por una antología de cuentos que casi aborta en el camino. Por otro lado, intrigar por lo alto para lograr presentaciones del grupo en ferias internacionales del libro como las de Frankfurt, Bogotá, Guadalajara y Miami. Finalmente, crear una compañía sinónimo de lucro para alimentar los sueños de autores que anhelan vivir del cuento.

A las ocho de la noche ya el local estaba copado de muchos amigos que habían ido dispuestos a colaborar en el empeño. Comenzado el acto, se hizo presente una horda de personajes como salidos de *Las mil y una noches*. Ocuparon la mesa que la arabesca Gladys había servido con antojitos, uvas, nueces, vinos. Todas estas exquisiteces, en los exclusivos 50.000 emails que Luis había enviado a través de Librusa, aparecían con el sofisticado nombre de *h'ors d'ouvres*.

La lectura de los cuentos pretendía despertar el interés de la audiencia para que comprara el libro. Cuando pensaba

que ya era hora de dar por terminada la sesión, precisamente en el momento que estaba en su clímax, un sonido de cimitarras hizo temblar los *h'ors d'ouvres*. Mientras se alisaban la barba, con miradas penetrantes, los extraños personajes exigieron que siguiera con la lectura.

La noche anterior me había invadido un vago presentimiento. Una luna árabe flotaba en el infinito azul pascaliano. Vi su esplendor desde el bote bicicleta en que me monto para hacer ejercicios con el fin de detener la creciente barriga. Llegué a sentir que el espíritu de Sherezada me invadía. En el leve sonido que el viento producía sobre las aguas del lago alcancé a distinguir, en susurro, su promesa de acompañarme la siguiente noche en la presentación de mi libro.

Una semana antes había sentido otra premonición el día en que Fernando Piraquive, coordinador de Cuenteros.com, me visitó en la casa y me dio unas claves para “posicionar” (ese era su insistente verbo) mis cuentos en el mundo ciberespacial.

Cuando me encontraba leyendo el cuento “Voces sin voz”, un súbito estremecimiento se posesionó de mí y me quedé mudo. Era como si el hechizo de la sacerdotisa del amor, famosa presentadora de escritores emergentes que no le hagan sombra o de consagrados que la catapulten, rondara en la tertulia, contradiciendo su radical promesa de no poner sus delicados pies en ningún evento donde esté presente el Cacique de Bolombolo. Tuve que recurrir a la ayuda del cacique quien, con voz impostada y pose de actor copiada de Víctor Mallarino, siguió leyendo otros cuentos, hasta que volví a recuperarla de nuevo. La infusión que me preparó Rita, la peruana que agobia a los presentes con su esmerada atención, hizo el milagro de devolverme la voz.

Cuando el primer rayo de la madrugada se estrelló contra la ventana, los visitantes se miraron aterrados. En tropel salieron a la calle donde los esperaban sendas limusinas

negras que montaron volados antes de que la mañana los asaltara. Todos salimos para ver cómo se alejaban por Aragón Avenue, rumbo al oriente.

Al querer entrar de nuevo al local, éste estaba cerrado. Alguien, que posiblemente había quedado embrujado por el nocturno arábico, se le ocurrió decir: *¡Abrete Fifteenth Street!* Esa frase fue la llave que nos permitió entrar de nuevo a la librería.

Asombrados, con las mandíbulas desencajadas como de bobo detrás de tapia pueblerina, la vimos convertida en la cueva de Alí Babá, llena de tesoros y de gladiolos, con hermosos libros raros de pastas doradas.

Fiel a la nueva senda que se había trazado y dejando el asombro a un lado, Luis insinuó a los presentes que mi libro estaba a la venta. Ocupados en adquirir tesoros a precio de baratijas, ninguno quiso comprarlo porque ya lo habían disfrutado de boca de Sherezado.

Divina terquedad

Cuando Dios se dispuso a crear el universo, otros dioses abúlicos voluminosamente empachados de gloria le dijeron, mientras acomodaban su panza, que se olvidara de eso porque bastaba y sobraba con el absoluto verbo guardado celosamente en el secreto diccionario.

Dios recordó que esas palabras eran las que habían retrasado su proyecto largamente contemplado en sus instantes eternos de ocio.

Haciendo oídos sordos a la necesidad de esos holgazanes se llenó de aire y después de lanzarlo al infinito gritó al caos que había desatado: ¡Hágase la luz!

Y una luz lóbrega, apenas perceptible, hizo su aparición en el silencioso multiverso.

Como los desdeñosos dioses mayores lo abandonaron a su suerte, para paliar su soledad se copió a sí mismo utilizando un polvo enamorado. A esa criatura le dio un aditamento especial: un remedo del verbo sagrado que postula el cosmos.

Ahora ese golem, en su verborrea incansable que derrama a diestra y a siniestra, se autoproclama creador omnipotente y soberano.

Yo Soy Uno que lo dejé a la deriva. A veces, con dolorida frustración, hojeo los mamarrachos.

Sagrado Libro

Hace algún tiempo, que para los mortales no existe, mi Amo, el omnisciente, el innombrable, preocupado por mi anhelante deseo de vivir del cuento me ordenó que consignara su Palabra en un Sagrado Libro. De mala gana me recomendó que consultara al Gran Espíritu, precisamente a ese que le gustaba jugar con fuego.

Me dijo una sola Palabra y en esa Palabra la plenitud. Como me quedé mudo, sorprendido, alelado, me tiró 24 signos para que con ellos me devanara los sesos y diera una aproximación a lo que acababa de enunciar.

Llené bibliotecas enteras. Secretamente agotaba los días y las noches tratando de capturar La Palabra construyendo infinitas galerías hexagonales llenas de infinitos libros. Muchos de ellos se diferenciaban entre sí por una simple coma. Creí engañar así al Gran Espíritu, de paso a mi Amo con esa verborrea repetida hasta el cansancio.

Cansado de copiar y plagiar mis propios manuscritos me di a la tarea de recopilar la concepción del universo que tenían los habitantes de un planeta azul. Recorrí todos sus confines hasta que topé con la de unos nómadas pastores cuya patria era el desierto. Me llamó la atención esa recopilación que empezaba planteando un Dios viejo, chocho, implacable, rencoroso, diente por diente y terminaba con uno, joven, amoroso, misericordioso, dispuesto a

entregarse para salvar no sólo a su tribu sino a toda la humanidad.

No sabré si fue por evitar mi molesta presencia, pero al mostrarle a mi Amo el fruto de mis desvelos, aburrido, con desdén, con infinito desgano, aprobó ese manuscrito que pregonaba la buena nueva de convertir a un humilde hijo de carpintero en su directo descendiente.

Elsoytú

Una nueva Venecia se abrió ante mis ojos. El cielo se contemplaba en esas aguas limpias que los habitantes cuidaban con amor. A pesar de ser un extraño en esas tierras, me había aventurado hasta los sitios más apartados, atento siempre al asalto pistolero de cualquier esquina. No tenía equipaje, sólo lo que llevaba encima y no sabía dónde iba a pasar la noche.

Unos muchachos que se encontraban en la calle no se inmutaron con mi presencia y continuaron con su ensayo de bailes y música cuando me les acerqué. Uno de ellos me preguntó si era amigo de Elsoytú. No detectó mi turbada mentira cuando le contesté afirmativamente.

—Nos recomendó que lo recibiéramos —dijo otro de los chicos dejando la guitarra a un lado. Se levantó del puesto y me dio la mano con firmeza. El calor que emanaba era igual al de sus hospitalarios ojos. Seguidamente el chico y una hermosa adolescente me tomaron del brazo para ir en busca de Elsoytú.

La ciudad estaba llena de gimnasios, parques y escenarios rodantes donde chicos y grandes practicaban alegres. La música era como el ingrediente que los ejercitaba en la tranquilidad, ecuanimidad, reposo mental, armonía y ritmo. En secretos lugares del alma se aposaban todos esos dones que se manifestaban en sus graciosos movimientos de gacela.

Esa *ataraxia*, propuesta por los griegos, cuestionaba mi zenonoica apatía.

Cruzamos por la plaza de mercado y las generosas vendedoras salieron a recibirnos. Recordé la película *El Padrino*, cuando la gente de buena gana se quitaba lo poco que tenía para dárselo al “don”. Viniendo del mundo de la realidad, imaginé que Elsoytú era un gran capo que imponía su dominio a punta de pistola. Me extrañaba la amabilidad de la gente. Todos me saludaban con cariño. Como Cristóbal Colón, me impresionaron la limpieza de la ciudad y la pulcritud de sus habitantes. Parecían todos hijos de reyes. Esa alegría desbordante me inundaba y una sonrisa se posó por primera vez en mi veterano rostro fruncido. Cruzamos la ciudad y llegamos al piedemonte de una montaña. A lo lejos se divisaba una cueva. Un hombre ciego como Homero salió a recibirnos. Su mirada perdida hacia el horizonte le permitía auscultar lo que se alejaba o se acercaba.

–Te presento al maestro que con cuentos breves nos ha enseñado a vivir en paz –dijo el arrobado guía señalando al anciano. La chica lo miraba con ese éxtasis que tienen ciertas jóvenes por los viejos sabios.

–Sabía que vendrías –me dijo mientras abría los brazos para saludarme.

De la cueva salía una energía que se confundía con la del profeta. Su enorme barba y su pelo largo como uno de los mil colores de la nieve le daban las características de un dios listo a ordenar el caos del universo.

–Si lo que te preocupa es dónde pasar la noche, aquí puedes quedarte hasta cuando desees –dijo el ciego con voz dulce adivinando mi preocupación.

–La clave de la felicidad está en desear poco y que ese poco sea demasiado –me dijo al ver mi sorpresa luego de descubrir que no tenía nada que lo atara a este mundo. Mis lecturas adolescentes se concretaron al ver que esa platónica

forma de vida de retornar a la primitiva simplicidad, era la que vanamente habían postulado Diógenes, San Francisco, Saint Simon, Fourier, Tolstoi y Whitman.

En la cueva me quedé con él para amolar la piedra angular del pensamiento platónico. Durante centurias me dio las bases para liderar el cosmos. Aunque sólo tenía tres o cuatro libros todos descuadernados que de vez en cuando leía y releía, no me enseñó a encontrar en ellos el saber que anhelaba. Pacientemente resucitó en mí la curiosidad infantil perdida que me ayudó a captar en cualquier cosa, por insignificante que fuera, la sabiduría que infructuosamente había tratado de consultar en los anaqueles de las bibliotecas babilónicas.

Ahora que veo llegar por el camino a ese escritor que busca por todos los medios cómo vivir del cuento, recuerdo el día en que llegué afanoso buscando lo mismo. Un alivio me recorre porque sé que viene a reemplazarme.

Cuando murió mi maestro, la gente empezó a tratarme como si yo fuera Elsoytú. Ya para entonces había despertado convertido en profeta, con la barba larga y el pelo largos del color de la ceniza, semejantes a los de mi maestro y al de los que nos precedieron.

Misa por la guerra

Yo no voy a esa misa porque no creo en el Dios del Antiguo Testamento. Así respondió tajantemente Julia a Orlando cuando éste la invitó al consulado. –Por Rafael Escalona me haría el viaje, pero por una misa donde posiblemente pongan como estandarte la ley del talión ..., ¡olvídate! –reafirmó con un tono que mostraba la apatía completa hacia lo que Julia llamaba “el opio de la humanidad”.

Orlando estaba enamorado de Julia y como a ella le gustaba asistir a los actos programados por el consulado colombiano de Coral Gables, siempre hacía el viaje Miami – West Palm Beach – Miami, multiplicado por dos, para disfrutar por unas horas de su presencia. No de sus ideas. Orlando se había propuesto no sólo conquistar su cincelado cuerpo, sino salvar su sediciosa alma.

Apesadumbrado Orlando se fue solo para el consulado y para su sorpresa lo encontró repleto. El homenaje al maestro Rafael Escalona, compositor de vallenatos que Carlos Vives ha puesto en la palestra internacional, había sido sustituido por una misa en memoria de las víctimas de la masacre cometida por terroristas al corazón financiero y militar de los Estados Unidos.

Orlando se conmovió hasta las lágrimas con el sermón de un sacerdote que con una voz apenas perceptible llamaba a la vindicta del ojo por ojo, diente por diente.

—Le pido a Dios por esta tierra poderosa y bendita para que se decida a borrar de la faz del planeta al enemigo.

Eso mismo rezaba Orlando todas las noches antes de acostarse. Desde la tragedia, había aumentado la vigilia, prendido velas, puesto banderas, rebajado dos libras con la dieta de sus 260 normales, había llorado como lo hacía en la misa al ver que sus sentimientos guerreros eran compartidos por casi todos los asistentes que aprobaban con la cabeza el panegírico del sacerdote.

Unos pocos reprobaban el sermón con medrosas miradas. Orlando alcanzó a escuchar claramente que al rezar el Padrenuestro un grupo de jóvenes vestidos de naranja enfatizaron la quisquillosa sentencia de “perdona nuestras ofensas como también nosotros PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFENDEN”.

La cónsul, vice-cónsul, sacerdote y feligreses se lanzaron una preocupada mirada al ver que la oración que rezaban mecánicamente adquiriría un significado distinto para el grupo naranja.

Al pasar a comulgar Orlando vio el hermoso cuerpo de una mujer morena, pelo largo y negro, jeans de color naranja que demarcaban un trasero bien moldeado parecido al de Julia. Estuvo a punto de devolverse y no comulgar. Atrapado en el pecado de la lascivia su cuerpo recibió un latigazo placentero como los que recibía en sus solitarias noches cuando a nombre de ella regaba la sábanas del almidón reproductivo. Mentalmente pidió perdón a Dios por caer en esa tentación que lo tenía en vilo y siguió adelante. Al regresar comprobó que ese cuerpo escultural era el de Julia que estaba allí entre el grupo que había alzado la voz en la oración que Jesús le enseñó a sus discípulos.

Orlando casi se ahoga con el cuerpo de Cristo. Atragantándose la hostia logró restablecer el control de su voluminoso cuerpo propicio a perder oxígeno. A la hora de

darse la paz, el grupo anaranjado hizo gran alboroto. Casi no quedó alma que no recibiera su efusivo abrazo. Cuando una de las del grupo le dio un abrazo de paz en lugar de estrechar la mano que él le tendía, Orlando recapacitó que esos sentimientos de venganza que abrigaba últimamente no eran saludables.

Si un atisbo de arrepentimiento había asomado después de la paz, lo anuló el hecho de ver cómo al terminar la misa el grupo anaranjado le caía al sacerdote para cuestionarle duramente la guerrera homilía. “Su sermón no se compadece con las enseñanzas pacifistas del divino maestro”, le recalca uno de ellos con los puños encrispados.

Quiso hablarle a Julia, pero ella discutía con una beata que dejó de gritar el canto a la Virgen que “ha venido a América, ha venido a América, ha venido a América a traer la paz”, para criticar con los ánimos exaltados a ese grupo de “idiotas útiles que le hacen juego a Satanás”. La energúmena parroquiana, con los ojos salidos de las órbitas, exorcizaba a Julia, que lo único que había querido era invitarla a ver si se le medía a la marchas contra la guerra y contra la globalización.

Al ver que Orlando con una sonrisa bobalicona aprobaba lo que decía la feligrés mariana, Julia lo miró de arriba abajo como si por primera y última vez mirara al mismo diablo. Con plante altanero lo dejó y se fue a repartir volantes entre la concurrencia para ver si encontraba a alguien que se comprometiera a expandir el efecto naranja.

El desprecio de Julia golpeó profundamente el orgullo de Orlando quien decidió olvidarla una vez abandonó el consulado. De no ser porque rechazaba la evolución, por un momento sintió que una cola de mico se le metía por entre las piernas. Era verdad que el cuerpo de esa mujer lo traía loco, pero su alma ya estaba comprometida con el diablo. Ante la disyuntiva entre el bien y el mal que había recalca

el sacerdote en su sermón siguiendo las “claras directrices de la Operación Justicia Infinita del presidente”, Orlando escogía las del bien, aunque para ello se tuviera que borrar de la faz del planeta a la mitad de sus impíos habitantes.

Juan Pablo, el marchista

Juan Pablo se alinea siempre con grupúsculos que todavía tienen viva la llama del ideal. Ante un mundo oscurecido por el cinismo, voces como la de Juan Pablo, son una anónima arena en el desierto.

Un perro moribundo atropellado por un carro fantasma y puesto a salvo por el llamado solidario que hizo otro joven como Juan Pablo a través de la Internet, fue la chispa que dio nacimiento a un proyecto que pretendía salvar a la moribunda Colombia y de una vez por todas acabar con su violencia endémica.

Al proyecto se le midieron jóvenes de todo el mundo al ver que la propuesta reflejaba una sutura a los ideales rotos por las generaciones anteriores que los habían traicionado.

Experto en redactar panfletos, Juan Pablo puso su destreza de escritor en redactar los siete puntos del siguiente comunicado por la paz:

«Yo, colombiano del siglo XXI, en unidad con mis hermanos colombianos y en un acto voluntario y libre, declaro:

1. Que perdono a quienes me han causado daño y pido perdón por todo el daño que consciente o inconscientemente he causado a mis hermanos colombianos y a mi país.

2. Que elijo la vida como la más importante de las instituciones y me comprometo

a defenderla en toda circunstancia.

3. Que renuncio a ejercer cualquier forma de maltrato, intolerancia y violencia.

4. Que pido el cese inmediato del secuestro, la represión y la muerte.

5. Que elijo amar y respetar a mi hermano y a mi país y que manifestaré ese amor con mi servicio desinteresado.

6. Que prometo participar en la generación de ideas constructivas para mí, para mi familia y para mi país.

7. Que con este acto entrego mi corazón entero a la causa de la paz, ayudando a construir una Colombia justa y equitativa donde se pueda ser libre y feliz”.

Un brillo mesiánico en los ojos se apoderó del grupo que se confundía con el color naranja con que vistieron. Como nuevos profetas se enfrentaron a la indiferencia de sus compatriotas cansados ya de tantas promesas incumplidas y preocupados más por satisfacer sus necesidades primarias cada vez más exigentes.

—¿Usted se le mide? —me confrontó Juan Pablo la primera vez que lo conocí en el consulado colombiano de Coral Gables, luego de una misa en memoria de las víctimas de los ataques terroristas en Nueva York y Washington.

—Claro... —le contesté con temor. Pensé que era un kamikase que estaba dispuesto a inmolarsse en las arenas del desierto para arrasar a los enemigos, tal como lo había planteado fervorosamente el sacerdote en el sermón.

Juan Pablo me puso el brazo en el hombro y como si fuéramos amigos de toda la vida me dijo que se llamaba Juan Pablo, que me invitaba a mí y a toda mi familia a unirme

a la marchas por la paz.

Horrorizado me zafé de su abrazo. Quise espetarle todo el odio que sentía contra todos esos idiotas que se oponen al progreso y a las bondades de la neoliberalización.

—¿Pero es que usted no ha escuchado a Bush? ¿Acaso no se da cuenta que esos son peores que Osama bin Laden porque no creen en nada, mucho menos en Dios?

—Usted asume que porque nos — me dijo Juan Pablo en tono conciliatorio tratando de enfriar la sangre que se me había subido a la cabeza, —nosotros lo que queremos....

—.... ustedes lo que son, son unos idiotas útiles, marxistas trasnochados, hippies drogos —le interrumpí con el increpante índice, mientras le miraba la cola de caballo que me había puesto en ascuas cuando me colocó el brazo por encima del hombro.

—Pero... —insistió Juan Pablo.

—Aquí no hay pero que valga. Eso hay que dejarlo en manos de Dios y de Estados Unidos que son los que tienen el poder de barrer esas alimañas —le dije marcando las palabras. Quería ponerle punto final a su atrevimiento de hacerme acalorar luego de haber comulgado y rezado poniendo en entredicho mis peticiones al Supremo para que ilumine a nuestros líderes y les ayude a extirpar el mal de la faz de la tierra. Mientras retomaba el coro de la Virgen que ha venido a América a traer la paz, me alejé con disgusto del consulado, prometiendo no volver a poner mis pies en sitios donde sospeche se guarnezcan esos ilusos.

Juan Pablo no se amilanó y siguió repartiendo subversivos volantes donde invitaba a todo el mundo a unirse a las marchas que pretenden detener la guerra, acabar la injusticia y establecer un gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo.

La marcha de los ácaros

En Medellín lo bajaron de su caballo dos mensajeros de la muerte.

–Dígale a ese hijueputa que coma callado.

El escalofrío que sintió Juan Pablo lo hizo renacer de nuevo. Recordó la bajada de otro Pablo que había leído en un libro sagrado y la comparó con la alucinación platónica, la quimera socrática, la iluminación agustiniana, la revelación mística y la epifanía joyciana. En ese instante comprendió que tenía que enfocar sus energías en proyectos que le dieran pan, no plomo.

«Este puto país no lo arregla ni el putas», pensó mientras abandonaba resignadamente el taxi. Caminó sin mirar a los siniestros mensajeros que con cortantes miradas aplacaban la curiosidad de los transeúntes y del taxista que miraba para otro lado mientras silbaba «La gota fría».

La amenaza le sirvió para pedir asilo político. Era la prueba contundente que exigían los oficiales de inmigración para concedérselo. Como ilegal no había podido disfrutar del sueño americano. Con permiso de trabajo ni el cielo lo limitaba.

Aceptó la mano que le tendió Julia, una mujer con todos los armoniosos atributos que la creación da a las diosas. Para responder al llamado que aun le hacía su conciencia solidaria que la movilizó cuando era una estudiante de la

Universidad Nacional de Colombia, pero más al llamado pragmático desarrollado una vez absorbida por el imperio, hacía unos días se había integrado a las marchas pacifistas para captar desocupados. Les habló de la magia del agua y de la conversión del mundo en un ambiente desinfectado. Sin saberlo, Julia retomaba los planteamientos rousseauianos de que todo ser humano es bueno por naturaleza. Se diferenciaba de Rousseau en que le echaba la culpa de la maldad en el mundo, no a los mismos humanos sino a los ácaros, esos bichos que nacen, viven, se reproducen y mueren en todos los hogares del planeta y que son la causa directa de dolores de cabeza, cansancio, tos, dificultad respiratoria, garganta dolorida, envenenamiento en la sangre, ojos irritados, nariz tapada, náuseas y vómitos, dolor de pecho, alergias, asma, migrañas, mal humor, estrés, olor a chivo, pecueca, furúnculos, gonorrea, ira, envidia, pereza, celos, concupiscencia, ...

–Si marchamos contra los ácaros que alimentan las sórdidas ambiciones, podremos construir el paraíso en la tierra –les predicaba como pitonisa de iglesia universal. En el manual que les daba para que aprendieran de memoria, los nuevos reclutas encontraban los fundamentos para construir ese edén.

Los consagrados marchistas, que competían entre sí por cuentesillas de vidrio en forma de delfín, se lanzaron a la conquista del mercado de las aspiradoras. La costra que habían adquirido clamando en sus marchas por el cese de la guerra y de la injusticia, les sirvió de catapulta para avanzar sin temor al rechazo. Poco a poco cada casa se vanagloriaba de poseer su propia aspiradora. Las personas no hallaban la hora de llegar a su impoluto dulce hogar. Las enfermedades infecciosas y hasta la sarna de los perros que mi padre quitaba con creolina menguaron milagrosamente con la magia del agua. La violencia doméstica disminuyó considerablemente,

los locos se curaron, los criminales se volvieron mansos corderos, los políticos dejaron de robar, ... se vislumbró por primera vez la posibilidad de que los pecados capitales fueran decapitados.

Libres de ácaros, los marchistas empezaron a ver con buenos ojos a todo el mundo y a aceptar la realidad por cruda que fuera. Una sonrisa los marcó de oreja a oreja. Sólo un paso les faltaba para alcanzar la utopía.

Fogoso patriotismo

Motivado por el aléluya de la guerra, el sentimiento por la patria arde en los corazones de John y Bill. Sobrios como jueces de circuito entran a «Hooligan Tavern». La grasienta cara del tabernero les da la bienvenida. Una sonrisa lambona que reparte por doquier disimula sus ojos sancochados. Hacen la V mientras se sientan.

—... pues dos Heineken —gruñe agresivamente John al cuestionamiento que el tabernero les hace con el sebo que centellea en la penumbra.

Panean 270 grados con las cejas contrariándose. Garbo, parla y gestos afirman repetidamente el marítimo balanceo de pandilleros de tierra firme. El ambiente está agitado. La emoción patriotertera es desbordante. El aire de triunfo nubla la cortina de humo del cigarro y de las risotadas. Las banderas del imperio ondean por todos lados y opacan las miradas de soslayo de ese bar para dar paso a una cálida hermandad. Los televisores anuncian la gran cruzada contra el maligno desplegando todos los condimentos militares, financieros y tecnocráticos.

—Vamos a darles palo a ...

—Bien merecido lo tienen ...

—Palo no. Candela.

Tin, repiquetea las botellas que desocupan en un

santiamén, como si sus vidas dependieran de ese instante.

–Eso... Candela.

El unísono de sus voces suena como un eco al sentir general. Bill da su asentimiento cuando la V de la mano derecha de John se levanta. Con arrogancia, cubre los 360 grados de ese antro que por un momento deja de ser cueva de alimañas para convertirse en tierra de vencedores. La sed no es solo de justicia divina. Los guargüeros celebran de antemano la victoria con cebada fermentada.

El sebo brilla copiosamente. El tabernero sale de su escondite y sirve una y otra vez para aplacar la V que se levanta aquí y allá.

La cortina de humo se vuelve niebla de sepulcro. Dos espantos con cara de desierto entran al bar. El más atrevido panea 180 grados, se limpia un diente con el meñique, carraspea y dispara un escupitajo que penetra la humareda y rueda en el polvo de la pista. Mientras se limpia la boca con el dorso de la mano derecha, con la izquierda hace la V.

Vivir para contarla

Si no escribo, me muero—, le dije suplicante a la hermosa enfermera que con suavidad me quitaba mi libreta de apuntes para limpiar la babaza que brotaba grotescamente de mi boca. Quería escribir el último cuento antes de dejar este mundo.

No sé cómo llegué al hospital porque lo último que recuerdo es el grito de Luis Miranda:

—¡NO PRUEBEN ESA TORTA QUE ESTÁ ENVENENADA!

Posiblemente cansadas de que dedicáramos infructuosamente nuestras energías a vivir del cuento, Marta, la esposa de Luis, junto con mi esposa, se confabularon para deshacerse de nosotros.

Pitos, maracas y un delicioso ponqué anunciaron mi entrada al umbral del medio siglo. Probablemente nuestras queridas esposas habían tomado a pecho los planteamientos desafortunados de un autorcillo que hacía estragos en los estantes de los bestsellers quien postulaba que para la soledad de cien años, con la mitad bastaba y sobraba.

Ávidamente me atraganté un pedazo de ponqué. Aunque le encontré cierto sabor raro, el grito de Luis aceleró el proceso químico que el arsénico produce en los cuerpos azotados por hambrunas de estudiante.

Luis corrió para el baño. Con el dedo índice de la mano derecha empujó el vómito y con el de la mano izquierda

trató de hacerse un edema.

La cara de Luis quedó vacía como su cuerpo. Las cuencas deshabitadas dejaban apenas vislumbrar la blancura de unos ojos achinados que bailaban el baile de San Vito. De ese cuadro patético se desprendió. No caminaba, se arrastraba. Sólo tenía fuerzas para limpiar todo lo que cogía con los pequeños trozos de papel higiénico con los que combate la pestilencia generalizada.

Tal vez mis ojos desencajados se posaron en los de mi esposa que, nerviosa, miraba a Marta, quien aterrada miraba para el techo. En el delirio recordé las palabras conciliadoras que días antes me había dirigido mi mujer: “Ahora que el peligro acecha por todos los rincones del planeta conviene que nos aseguremos”. A esa conclusión habían llegado millares de personas después del colapso de las torres gemelas que desató la guerra al terrorismo. Las pólizas de seguros de vida se vendían como pan caliente empujadas por ese apocalipsis.

Como siempre, objeté los caprichos del mercado y como siempre acepté compungido, atolondrado y aliviado. “Si hasta ahora no he podido vivir del cuento, pueda que muerto alguien lo haga”, pensé y ese pensamiento lo conecté con esa resignada claudicación de dejar que los objetos ocuparan el lugar de los sujetos a sabiendas de que un intangible tenía la ventaja de no ocupar el espacio exigido por la decorosa y progresiva parafernalia.

El grito de Luis produjo un efecto financiero en mi mujer. Para despejar la duda de un homicidio, hizo el simulacro de coger el ponqué y, llevándose los diablos por delante, devolverlo a la panadería donde lo había encargado.

—Llámeme al gerente—, exigió mi esposa a la atolondrada dependiente que se encontraba atendiendo a otra gente. Aterrados vieron la furia que mi mujer despachaba por sus poros.

Cuando salió un amasado señor, le espetó en la cara. “¿Usted quería matarnos?” El gordo se negó a probar un pedacito de ponqué que mi mujer casi le metía por las narices. *Sotto voce* le decía que se calmara, que estaba espantando a los compradores y que sería compensada luego de llamar al gerente general de la cadena de panaderías Doña Pana.

Como la compensación no se compadecía con las jugosas expectativas, un abogado contratado para los efectos logró quedarse con una buena cantidad de dinero. Al muchacho que le puso matarratas al ponqué le dieron su buena tajada.

La panadería quebró, yo me recuperé y pude vivir para contarla.

Aplastante maná

Alguien me dijo (lo cual puede ser cierto) que Homero después de cantar sobre la guerra de Troya y el regreso de un balseiro a la isla de Estaca, cantó la guerra de las ranas.

Otro fulano, sapiente en cosas literarias, me sugirió que Esopo también lo hizo. Otros nombres mencionó, pero ahora recuerdo el canto a las hormigas de Cortázar y el de los sapos de Rulfo. No olvido los que Macario destripaba luego de beber la leche de Felipa.

Retomo a Cortázar para contarles una historia verdadera que es lo que más vende ahora. La cuento escuetamente, sin poesía y sin nada, para no agobiar a mis lectores con desgastada palabrería.

La misantropía que cultivo me evita el mal rato de almorzar con semejantes. Lo hago acompañado de las bestias que se muestran tal como son: un libro abierto en cualquier página.

Una vez que me encontraba absorto en esa lectura, el jefe del departamento de lenguas extranjeras de la Universidad de Yoayo, famoso ratón de biblioteca, me interrumpió con un toque suave en mi hombro. Le comenté que estaba leyendo y me miró con esa mirada condescendiente que se dirige a los locos.

—Pero, ¿dónde está el libro?

Creyó que lo tomaba del pelo cuando le mostré las hormigas. Se alejó con un chasquido que le hizo mover la cabeza como si se saliera de su eje.

El interés por el mundo de las pequeñeces nació un día en que se me escapó una migaja de comida empujada por un palillo de dientes. Siguiendo la forma del arco iris, la migaja cayó al pie de una hormiguita que venía zigzagueando de hambre. Se detuvo asombrada ante el milagro. Dirigió sus antenas a las alturas buscando un contacto celestial. Mientras miraba agradecida al cielo examinó cuidadosamente ese maná que caía cuando más lo necesitaba. Marcó el territorio con un orín apenas imperceptible y se fue a buscar a sus moribundas compañeras. Las que podían moverse acudieron a su llamado. Otras no tenían alientos ni para levantar sus antenas. Una algarabía de carnaval se desarrolló alrededor de la comida. Antes de echarle muela decidieron llevar ese maná a la reina que esperaba ansiosa alguna noticia buena que sacara a su reino del tiempo de las vacas flacas.

Todas hincaron sus dientes para levantar la carga pero la carga sólo levitó en el suelo. Luego de hacer una zeta por fin decidieron acatar la voluntad de la mayoría. Quien sabe qué manuales las habían adoctrinado, pero decididamente emprendieron el viaje por la izquierda, precisamente por la senda que ofrecía mayores peligros.

Un estudiante en traje de camuflaje (luego me enteré que iba para clase de “inteligencia militar” –¡qué oxímoron!) pasó a toda prisa llevándose bajo la suela de su bota el ejército de hormigas.

No tuve tiempo de llorar esa desgracia. Otra peor se avecinaba. Algo superior al pavor congeló mis movimientos. Una enorme sombra, como de cielo que se encapota, se me vino encima.

Soledad canina

Dicen que los hindúes huelen a mico (vestigios de imperiales supersticiones), pero mientras fueron mis vecinos jamás mi olfato de perro fue perturbado por su presencia. Por el contrario, en sus noches litúrgicas, el aroma de incienso y de esencias aromáticas se desprendía de su casa. La kármica dieta evitaba esas emanaciones nacidas de ese código de vida que llevan al practicar el Dharma.

Los hindúes regresaron a la India. Con tristeza los vi abandonar el país. “Hemos perdido todo, menos la fe en el hinduismo”, me dijo la señora. La velada resistencia de los nativos a negociar con los extranjeros los condujo a la ruina. Se fueron sin dejar ni el olor.

Los nuevos propietarios llegaron con toda su parafernalia. Una perrita los acompañaba. Los ladridos del comienzo los interpreté como parte de su desarraigo. Arrancada de Hialeah, ciudad donde merodean los perros como perro por su casa, le molestaba la soledad canina de su nuevo hogar de Miami Lakes.

Trabajaron como bestias. Sacaron closet y metieron closet. Arrancaron hasta el piso para colocar uno nuevo. La perrita, que se estremecía y agitaba con cada cambio, no dejaba de ladrar.

Súbitamente, y en progresión geométrica, el olor a

excremento secado al sol caribeño, asaltó mis narices. Salir al patio se volvió un problema digestivo. Las náuseas no me dejaban asomar a limpiar la piscina, a arreglar los *sprinkles*. Lo que más me dolía era no poder ver la luna, las estrellas, o leer en el infinito pascaliano lo que ya no encontraba en los libros.

Esa perrita con sus roncos ladridos molesta el merecido silencio de la noche. Mis oídos domesticados por el ruido de televisores, videojuegos, radios, ..., aceptaron a regañadientes esa exigencia sonora canina.

La adaptación auditiva impidió que la olfativa cediera. Ahora pienso que el olor de la mierda de la perrita de mis vecinos fue la culpable. Cuando les comenté a mis vecinos sobre el nauseabundo olor se pusieron como un pisco, empezaron a botar babaza, el corazón se les salió del cuerpo y en medio de los ladridos de la perra, pasaron a mejor vida, quiero decir, murieron.

Amores perros

Por un accidente descubrí que el amor de perros es más fuerte que la muerte.

Al dolor del fallecimiento de su amado cánido se sumó la de sus amos, mis recientes vecinos que habían llegado con toda su parafernalia como de bazar árabe, junto con canarios, loros, iguanas y ... una perrita. Esta fiel criatura, con sus fluidos secados al implacable sol caribeño, había desatado la catástrofe. La igualadora parca impuso su implacable sello. Jadeando como perros, un síncope se llevó a mis retirados vecinos cuando les hice el reclamo.

Si antes descansaba al menos unas horas para tomar resuello, ahora no paraba de ladrar. Se volvió un tormento de 24/7 que no me dejaba concentrar en mis breves escritos.

Los familiares de la difunta pareja arrancaron toda esa parafernalia que no le daba respiro a la casa y se olvidaron de la perrita. Los ladridos, absorbidos por los objetos cuando la casa se encontrada habitada, retumbaban en la soledad como si miles de perros llegaran a acompañarla una vez quedó despoblada.

Más por conveniencia que por compasión, decidí regresarla al solar de sus ancestros donde pudiera paliar la nostalgia.

Como si un radar la dirigiera desde el cielo canino, me señalaba la ruta del Este de Hialeah. Al llegar a la calle ocho

con avenida cuarta, a su triste aullido agregó una viuda lágrima. Deduje que me decía que en ese lugar había sido espachurrado su compañero algo que corroboraba mi olfato de perro.

Cerca de la orilla de la agitada vía, había una mancha que denotaba la marca de un animal muerto. Allí se lanzó la perra a besar el pavimento y a retozar amorosa sobre esa muestra que apenas dejaba percibir un polvo enamorado que al elevarse formaba corazones caninos. Insensibles a toda clase de amor, nadie lo notaba.

Los carros de los jóvenes pasaban veloces como si no les alcanzara el tiempo. Los de los viejos, que lo tenían contado, se detenían a sufrir con el espectáculo y a mirar de soslayo con ternura perruna a su compañera de los últimos días.

Un chico, posiblemente con parte de la botánica y farmacia que la noche anterior se había despachado en una discoteca de South Beach, no vio la perra y le pasó por encima. En sus moribundos ojos alcancé a leer algo que me decía que esa era la muerte que había deseado porque estaba hasta el hocico de vivir esa vida de perros, miserable, angustiada y solitaria.

Me parece que es Schopenhauer quien dice que la transigencia con el ruido es inversamente proporcional a la inteligencia. La mía se estaba atrofiando con esos gruñidos. Afortunadamente ahora puedo recuperarla, aunque, después de conocer la razón de los ladridos, extraño los de la perrita como se extrañan las cosas que son marcadas por el amor.

Yo, que no creo ni mucho menos busco paraísos perdidos, pienso que en el cielo canino hay una fiesta donde ella retoza con su amado, ya sin ladrar de angustia, sino gimiendo de placer, amor y felicidad.

Perros calientes

Esa insistencia de mi profe de escritura creativa de que todo encierra una obra de arte, me dio la pauta para hacer este microcuento. La mayoría de nosotros, estudiantes de la Universidad de Yoayo, nos habíamos convertido en sabuesos literarios que buscábamos en cualquier cosa, por trivial que fuera, temas que luego usábamos en nuestras composiciones. Según él, alguien dijo que no hay diálogo callejero que no contenga el universo y que no sea una máscara que esconda un misterio eterno. Con arrobo llama a esas cosas “epifanías”.

No sé si fueron estos pensamientos o el hecho de que no había comido bien la noche anterior, lo cierto es que me acerqué a una venta de perros calientes para torear la infinita hambre que tenían alborotadas mis sonoras tripas.

Era la hora del almuerzo y varios parroquianos se aglomeraban al pie del portátil restaurante. Una chica regordeta, con graciosa cara, sonrisa de oreja a oreja, atendía a la clientela. Sus voluminosas caderas y exuberantes pechos me despertaron otras hambres que un compañero de clase se empeña en saciar en sus escritos y otro en sus lujuriosas miradas.

—¿Se lo preparo con todo?

La mayoría de los clientes asentía con la cabeza. Quizás el hambre no los dejaba emitir sonido. Recordé las palabras del profesor e imaginé que perros calientes como esos

saciarían cualquier aterida hambre. Sorpresa me llevé cuando la chica, como salida de portada de magazine, que iba delante mío contestó:

–A mí prepáremelo con nada.

Pensar que el todo fuera digerible no me pareció absurdo, pero esa inesperada respuesta me dejó lelo. Frases como ésas lanzadas al vacío taladraban mi visión del mundo. Me sentí en un atolladero mental que cruzó mis neuronas, desorganizó mi proceso digestivo, desactivó la boca del estómago, apagó mis ladridos intestinales... en cuatro palabras: acabó con el hambre.

Deuda saldada

Siempre besaba a sus hermanas incluyendo a su madre cuando las visitaba. Cada saludo y cada despedida acumulaban la ausencia de besos que no daba a Amparo porque el rubor se convertía en una barrera infranqueable que sólo logramos romper después de un año de arrumacos, miradas tiernas y sueños imposibles.

El beso fue a boca cerrada, labios en tensión cual dos piedras que chocan. Nuestras miradas dejaron entrever una decepción primeriza que no logró opacar su corazón ni el mío que parecían unirse en el galope.

Eran mejor los besos de las hermanas y aún mejor el de la madre, que me dejaba un agradable sabor a fruta madura.

La fricción fue tan fuerte que el rubor se quedó por algún tiempo en nuestras bocas. Luego de ese fallido intento de emular a los protagonistas de la telenovela de turno, dejamos que las miradas hicieran el trabajo que no supieron hacer nuestros labios.

Ese abortado beso me persiguió por mucho tiempo y me impulsó a aprender en otras bocas la técnica perfecta pensando resarcir algún día ese entuerto amoroso.

La frustración de dejar a medias tintas lo que pretendía ser su primer beso persiguió a ese precioso ángel que me desvelaba, como me lo confesó muchos años después cuando ya casada y con hijos, lo mismo que yo, volvimos a encontrarnos.

Paralizados nos quedamos en medio de la Playa con Junín en pleno centro del Valle de Aburrá, una vez que había ido a un encuentro de escritores.

Al desentumecer el asombro, sin decirnos una palabra, volvimos a besarnos con todas las de la ley sin importar el volar de palomas, el canto de los pájaros, ni el chiflido de los vendedores ambulantes, los mendigos y uno que otro ejecutivo que por allí caminaban.

Tanto ella como yo supimos que esa deuda de amor tarde o temprano había que saldarla para continuar tranquilos por nuestras sendas bifurcadas con una sonrisa a flor de labios.

Apocalíptico incubo

Es horripilante este niño! –dijo con asco la enfermera mientras guindaba al recién nacido y miraba sorprendida a la hermosa madre. El obstetra no pudo soportar esa monstruosidad que había desencadenado un río de sangre que brotaba por entre las piernas de la joven. Inmediatamente se lo pasó a la veterana enfermera, a quien no se le movía un dedo frente a cualquier circunstancia por grotesca que fuera. El constante enfrentamiento con la adversidad había convertido su corazón, alguna vez sensible a la desgracia, en un madero inflexible.

Por primera vez vieron que la enfermera tomó con precaución esa cosa como si fuera un gato muerto.

El bebé parecía un guiñaposo viejo de 100 años surcado de arrugas. Arrugó más la cara cuando detectó el desprecio que despertaba. Su mirada glacial congelaba lo que tocaba con la misma. El adjetivo emitido por la enfermera se reprodujo como eco en las voces apagadas por sorpresivas manos de quienes estaban en la sala de obstetricia.

Con voz gutural el despreciable ser gritó:

–¡Horripilante será lo que vendrá después de que muera, pues no voy a vivir para contarla!

El grito le dio un aliento de vida a la agonizante madre. Pidió ver a su hijo. Mejor hubiera sido no habérselo mostrado. El hilo de vida de la joven madre se reventó al

comprobar lo que sospechaba, como se reventó también el poderoso hilo del apocalíptico ícubo.

Serpiente

Cuando Selene entró al baño de la casa de su amiga Marta se le quitaron las urgentes ganas de hacer sus necesidades biológicas. Una enorme boa se erigió entre sus piernas y la saludó con su lengua bífida.

—¡Una culeeeeeebra! —gritó mientras corría despavorida.

Marta olvidó su cojera y la siguió por la concurrida calle tratando de calmar a la histérica amiga que con los calzones a medio camino seguía gritando lo que los transeúntes confundieron con un eureka griego. Cuando la pudo alcanzar le explicó que más peligro representaba ella semidesnuda que su inofensiva mascota a la cual le gustaba permanecer en el baño. “Allí probablemente siente algo que le rememora la humedad y los escatológicos olores de la selva”, dijo Marta. Cubrió con un chal a Selene, a quien miles de miradas obscenas desnudaban completamente.

Desde pequeño he tenido la facultad de acabar con la furia de cualquier bestia o monstruo que se presente con sólo decir unas palabras mágicas. Muchos charlatanes me han ofrecido cielo y tierra para que les enseñe mis secretos. Cuando llegué a donde los Asháninka, en el distrito selvático de Perené, el chamán de la comunidad me confió su secreto: sus embrujos no lograban domar a Morankiari, la enorme serpiente que cada vez exigía más tributo para mantener su insaciable apetito. En esa tierra de serpientes, Morankiari

había acabado con las de su especie erigiéndose ella como la eterna soberana.

Algún llamado filogenético me sorprendió cuando días antes encontré en la Internet un sitio dedicado exclusivamente a esta comunidad indígena donde la serpiente imponía su dominio. Mi desesperación cesó hasta que viajé a lo profundo de la selva a develar esa angustia.

Cuando la vieron por primera vez, no la molestaron porque creían que era un espíritu bueno que los protegería de los desastres.

La enorme serpiente, convertida en dragón, se presentó como de costumbre a comerse a las vírgenes. Había empezado por comerse a los animales domésticos que engullía en un santiamén con monstruosa voracidad. Poco a poco fue aumentando de dimensiones hasta convertir sus fauces en una enorme cueva por donde se iba lo mejor de la comunidad. Su cuerpo no tenía fin. Por todo lado se hallaba.

Me las ingenié para descubrir su secreto. Arauna, una inválida que había logrado escapar de sus siete fauces, me dio el cáñamo. Me metí en su laberinto. Lo desenredé hasta llegar al centro donde la enfrenté con las únicas armas que poseo: mis conjuros, encantamientos aprendidos de textos rituales que mi memoria guardaba en un anaquel de los recuerdos. En el agua que brotaba de la gruta me bañé para lograr que el espíritu de la serpiente sagrada entrara en posesión de mi cuerpo y bailé la danza mística antes de pronunciar mis oráculos.

Mis poderosas palabras no la mataron pero lograron alejarla por unos días. Esto me parecía que ya lo había hecho. Brumosos recuerdos de Babilonia me asaltaron cuando con encantadas invocaciones conquisté el Leviatán. También cuando mi padre Zeus dejó que matara a Pitón, la serpiente adorada en Delfis que era tan enorme que su cabeza tocaba las estrellas y sus brazos se extendían desde el sol naciente

hasta el sol poniente. Mis presunciones fueron confirmadas por una antropóloga que llegó más tarde a hacer una investigación sobre el mito de la serpiente.

Cuando volvió a presentarse se notaban sus ojeras. El hambre empezaba a hacer mella. Volví a pronunciar mi conjuro y ella a internarse en lo profundo de la selva. Durante 18 semanas la mantuve a raya. Cada vez se hacía más evidente que la comida escaseaba. Empezó a bajar de peso y a reducir su tamaño hasta que se convirtió en una boa de siete metros con siete centímetros. Los niños que antes huían desparvoridos se acercaban a darle ratones que engullía agradecida.

Mis temores iniciales, cuando pensé que iba a meterme en problemas con la comunidad al enfrentar ese animal sagrado, quedaron reducidos a cenizas al ver que me aclamaban. Su algarabía era de gratitud. Esa enorme serpiente por muchos años los mantuvo sin poder levantar cabeza exigiéndoles lo máspreciado de sus cosechas, de sus hijos, de sus tesoros. Al domesticarla, los libré de esa enorme carga. Sin embargo, sin saberlo, destruí una de las principales fuentes que mantenían la opulencia de una comunidad foránea. Eran los dueños de la enorme serpiente. Sobre mí pesa la muerte como espada de Damocles. La comunidad foránea que mantenía este mito me ha puesto en la lista de los criminales más buscados del planeta. Algo desde mis entrañas me decía que la mejor forma de escapar a esa sentencia era convertirme en el animal.

Los que exigen el compromiso del artista a causas perdidas verán con ojos complacientes mi hazaña selvática. Sin embargo, quiero hacer una aclaración para evitar el encasillamiento. En cuestiones politiqueras descreo tanto de un bando como del otro porque a la hora de la repartición sus diatribas claudican, el brindis celebra y la carcajada retumba. A mí no me movieron ideales libertarios. Como señalé, me movió primero algún misterio filogenético que me lanzó con fuerza a buscar la serpiente. Luego me movió

el amor y el hambre. La conquisté, porque de no hacerlo, iba a acabar conmigo. Matarla hubiera sido un suicidio. Unos verán un acto de heroísmo; otros, un acto de rebelión. Para mí fue un acto de supervivencia. La tomé porque la vi como la primera serpiente creadora del mal y la aventura. Principalmente, por haber devorado a la hermosa mulata que abrigaba mis noches con su cuerpo primaveral.

Cuando Celeste, la antropóloga de la Universidad Nacional de Colombia, llegó a la comunidad a investigar, vi en sus ojos una pasión serpentina que me sedujo. Me enamoré de ella. Ella quedó embrujada por la serpiente luego de sentir su aliento que le produjo un sueño del cual no ha despertado. En una noche de luna llena, cuando mis poderes llegaban al clímax me introduje en el cuerpo de la anaconda. Al otro día rodé por su cuerpo, deslizándome lujurioso.

Celeste me desnuda. Cuando mi piel se reseca por los veranos, la dejo tirada en las vías que conducen a la perdición. No quiero causarle daño a su piel de armiño. A ella le gusta mi cambio de piel porque renazco de nuevo y me deslizo mejor por su desnudo cuerpo.

El proceso de muda de piel es un poco oneroso para mí. Durante dos semanas me pongo irritable y puedo matar. El gris cubre mi cuerpo y por una semana mi piel vuelve a ser la de un niño. Al aclararse mis ojos, nuevamente sigo mi vida normal.

Ahora me baño con ella. Algún placer encuentra cuando me enrolló en su cuerpo y con mi lengua bífida acaricio la orquídea morada que se esconde entre su vello púbico. En las tardes, cuando el cielo se une con la tierra como lo hago con Celeste, alcanzo a percibir las oraciones que los descendientes de los aztecas elevan al cosmos porque creen ver a Quetzalcoalt, el origen de la vida.

Ese círculo místico que los orientales llaman mandala se forma de nuestra unión. Yo, un simple animal rastrero, al

unirme con Celeste logro lo que infructuosamente buscan los filósofos: unir el tiempo con el espacio y el cielo con la tierra.

Cuando Celeste regresó a la civilización me llevó consigo y me deja al cuidado de Marta cuando regresa a hacer trabajo de campo.

Marta me alimenta con leche que coloca cada tarde en una vasija que cubre con una tela blanca que mantiene siempre limpia. Cree que la paz que disfruta se la debe a la serpiente y piensa que morirá o algo grave le va a pasar el día que deje de cuidarme, como la vez que olvidó darme el lácteo alimento. Se resbaló y cayó. Por eso su cojera.

Ahora que Selene se ha calmado y ha vuelto al baño a hacer sus necesidades, mi piel se escamosea. Tiene algo que la asemeja a Celeste. Las curvas de su cuerpo invitan al paseo, a mí que me gustan las hondonadas, los valles y las colinas. Me imagino unida a ella convertido en Quetzalcoalt.

Luisemas

(Palabras de un pedante académico dirigidas en la presentación de un libro invisible de Luis Miranda en la Universidad de Yoayo, el día 31 de febrero del año en curso).

La fenomenología fenomenológica del fenómeno que hoy nos ocupa, exige el rigor propio de las ciencias exactas que se convierten en paradigmas apabullantes que prefiguran el inexpugnable universo.

Los irresueltos problemas filosóficos, o aporías griegas, continúan llenando las páginas de los pensadores, entre ellos Luis Miranda. Acercándonos a lo socrático, Miranda trae los cuestionamientos de los cabellos (¡ah la cola perdida!), para enfrentarnos, vapulearnos cara a cara y dejarnos cuando menos se espera en la cuerda floja de saber si caeremos en el abismo o desembocaremos en el laberinto de soledades compartidas.

En términos Greimassianos, la semiótica, y dentro de ella los clasemas, son categorías abstractas donde el núcleo del significado se le da a otro significado específico en un contexto fenomenológico. Por un lado da como resultado una despreciable oposición binaria que se complementa: el lexema, el objeto término; y el semena, la mínima parte.

En “El último semenol”, microcuento de un autor que escudado en la inercia se niega a escribir largo y tendido,

recoge aproximadamente estos planteamientos. Ambos son importantes para nuestra clara y sencilla disertación, ya que el último le sale hasta por los oídos, ojos, cara, tronco, extremidades y especialmente por la boca. Como estas categorías fundamentan su obra, las denomino “luisemas”.

De acuerdo a Noam Avram Chomsky, la meta de la gramática generativa transformacional es la de dar una explicación clara de las propiedades biológicas innatas en la gramática universal. Los “luisemas”, como unidades cognoscitivas, concentran las propiedades mentales que señalan las habilidades del *homo gramático* para construir catedrales de palabras de estirpe joyciana.

Estas estructuras universales existentes en el subconciencia capaces de generar flujos y reflujos de conciencia se compadecen con los estudios de Claude Levi-Strauss para quien los “luisemas” representan la función en un sistema de signos que se hallan en estado crudo lejos del cocido lento que produce el fuego bacheladrino.

El carácter hermenéutico del luisema lo pregonan el cacique de Bolombolo (un irreverente Buda le agregó otra consonante alargada que se confunde con el uno). Esa metodología de derrame verbal, encuentra los pasos perdidos carpenterianos.

Esta breve nota rigurosamente fenomenológica es una simple aproximación que no es ni sombra de la sombra platónica de ese *Dasein in Sein un Zeit* tan caro a Miranda. En efecto, se puede argüir que en sus fárragos joycianos no falta la disquisición filosófica y los atisbos poéticos.

Michel Foucault, define el episteme como “el total set de relaciones que unifica la práctica discursiva de los sistemas”. Los “luisemas”, por el contrario, proponen el caos, la incertidumbre y la probabilidad porque se apoyan en los impúdicos semenas.

Impotencia sansónica

El día que Luis Miranda perdió la cola de caballo, me invadió un sentimiento de impotencia sansónica.

Ésa cola, que representaba el último bastión libertario, cortada de tajo era la claudicación a las implacables fuerzas del mercado.

En primera instancia no lo reconocí. Lo confundí con un ejecutivo con cara de lobo listo a cuidar el gallinero de cualquier corporación.

–Oye José..., soy yo –me dijo cuando me vio dando vueltas como bobo que busca agujas en pajar en el shopping donde nos habíamos citado. “El informe Lugano”, de Susan George, según Luis, le había abierto los ojos definitivamente. Claro que lo que había disparado ese cambio había sido el escuchar de boca de una poetisa el abandono de las miserias del poema por el destello aurífero ofrecido por la narrativa liviana.

–Es una revelación –me dijo asumiendo una actitud mesiánica–. Aquí están claras las razones que pronostican el apocalipsis del planeta.

Mi escepticismo hacia las posiciones extremas se reflejó en mi rostro, cuya ceja derecha se elevó como jalada por hilos invisibles, y mis labios se arrugaron en un beso sin contraprestación.

–Estoy mamado de luchar contra la corriente. De ahora en adelante pondré mis energías en la cultura, pero del

billete.

La frase emitida como justificación a mi silencio recriminatorio hizo tambalear mi desempleada decisión de vivir o morir en mi ley. Mis aspiraciones de vivir del cuento apoyado en la diáspora se derrumbaban como castillo de lo que se imaginan.

Miranda había conseguido un socio de vasto vientre con un talento similar para los negocios que, rodeado de banderas del imperio, pregonaba la solución de los problemas económicos de la familia entera. Le había hecho una propuesta “de la cual no se iba a arrepentir”, según le confirmó en tono corleano.

Ese aplastante triunfo de las fuerzas caóticas darwinianas que manejan la situación imperante me coloca ante la disyuntiva proclamada por uno de los integrantes de dicha diáspora en mensaje exterminador: hacerse el harakiri o seguir como los perros que se muerden la cola.

Capador

El próximo es usted –decía con burla socarrona el capador de marranos, una vez terminada su labor en la Hacienda la Ponderosa.

El sonido del canto de las aves, de la brisa montañera, del rumor del río, de un tiple o una guitarra flotaba dentro de mi alma llenándome de serenidad. Pero el sonido de la flauta de pan con que se anunciaba el capador arrugaba mis gónadas y me erizaba de terror. Corría a treparme a un enorme árbol, donde furtivamente lo vi varias veces cercenar de un solo tajo vertical el escroto del animal que entre cuatro jornaleros con cara de cerdos sujetaban en una barbacoa. Como experto cirujano le sacaba los testículos y los lanzaba al descoyuntado animal que de un tarascazo se los tragaba para paliar su dolor.

Acostumbrado a la violencia endémica de los campos, la sangre no me molestaba. Eran los chillidos desesperanzados, más humanos que los emitidos por cualquier humano, los que me erizaban los pelos y se metían en mis pesadillas.

Después de la operación los animales se ponían como chanchos, panzones y desdeñosos como dioses de cielos porcinos. Algún pensamiento les cruzaba su cochina cabeza porque parecía que, si habían sobrevivido a esas muertes caponas, ni una nochebuena los podía amedrentar.

El día que caparon al marrano mono que había sido mi mascota, no pude soportar acompañarlo en su grito de dolor. Todos dejaron la operación sorprendidos. Con alegría vi que

el marrano mono se les escapaba de sus castrantes manos y veloz corrió hacia el lugar secreto que sólo los dos conocíamos.

La emprendieron conmigo. Ese día no estaba el capataz que además de defenderme me enseñaba maldades para que nadie me la montara. A piedra me bajaron del árbol. Los cuatro malvados asistentes en la mesa de operaciones me cogieron de manos y pies mientras pataleaba y manoteaba como poseso.

Después de varios amagües, que me parecieron eternos, me soltaron muertos de la risa. Dejaron el cuchillo encima de la barbacoa. En un descuido lo agarré y me escondí en un matorral. El filo lanzaba brillos de espejo como mis enfurecidos ojos. Acostumbrado a penetrar carnes, el cuchillo temblaba en mis manos ordenándome su uso. El capador, todavía con una sonrisa malévola que le atravesaba su cara, pasó cerca de mi escondite. Como fiera me lancé y mi garra metálica se enterró suavemente en su pierna.

Su grito de dolor me recordó el de los marranos. Mientras se arrancaba el afilado instrumento, corrí hacia la cueva que quedaba cerca del río donde me ocultaba cuando hacía una pilatuna.

Bien entrada la noche regresé a la hacienda acompañado del marrano mono que con sus gruñidos me daba las gracias por haber salvado su verraca virilidad. Me recibieron con respeto. Nadie se atrevió a decir esta boca es mía. Con siete años, ya era como uno de ellos, sin agüero para herir o para matar.

Mis pesadillas se acabaron porque no hubo más chillidos, como tampoco más lechón asado que fue suplantado por insípidos pavos.

Ahora que veo pasar cojeando al capador, pienso que si hubiera sido más grande le hubiera atravesado sus testículos. Pero entonces, posiblemente, no calentaría los míos cuando me revuelco con sus hijas.

Pavo navideño

El delicioso lechón fue suplantado por el insípido pavo luego de la cuchillada que le propiné en la pierna al capador. No hubo nadie que les quitara las bolas a los marranos, y yo pude dormir sin la pesadilla de que me iban a capar.

Esa primera Navidad con pavo fue desastrosa: ninguno le echó segunda muela a esa carne que no tenía ningún sabor. Hasta los cerdos se mostraron reticentes a comérsela. Si al final lo hicieron fue por su filogenética omnivorudez que los llevaba a comerse hasta sus mismos testículos cuando los capaban.

Para la Navidad siguiente el pavo fue preparado con anticipación. Una semana antes lo amarraron al enorme árbol desde donde antes me escondía a ver las diestras operaciones que el capador infligía a los cerdos. Le quitaron la comida y le pusieron aguardiente para que calmara la sed.

Una cosa es imaginarse a un ave borracha y otra verla dando tumbos. El grito familiar del pisco (nombre familiar del pavo), se clavaba en la noche como una saeta. Hasta el inaudible silencio del multiverso lo hacía graznar.

Fue una semana de tortura inquisitorial, a tal punto que llegué a pensar que era mejor el chillido de los marranos, porque capadas no se ejecutaban todos los días y cuando las realizaban duraban pocos minutos.

Los que se devanan los sesos tratando de penetrar las

teorías del tiempo para saber si es finito o infinito, hubieran afilado sus conceptos en esa semana finita que me pareció eterna. El tiempo que vivía el pavo era biológico mientras sus carnes se iban penetrando de alcohol. Mi tiempo era imaginario: imágenes de violencia se sucedían con cada grito afilado del pisco en una sucesión tan abismal que me llevaba desde el Big Bang y me desembocaba en los Agujeros Negros.

La víspera de Nochebuena cesaron los atormentadores graznidos: “le torcieron el cuello al cisne”, dijo mi hermano mayor que le gustaba perder el tiempo con libros en lugar de labrar la tierra, arriar el ganado, untarse de. Esa pose de erudito con que lo dijo me hizo sospechar que era otro de los epitafios con que bautizaba cada cosa o evento, sacados de sus desveladas lecturas.

Al pisco lo rellenaron con exquisiteces que oportunos escritores describirían en páginas interminables.

El pisco no dio un brinco. Luego de dar gracias al cielo por los favores recibidos, ocho batientes mandíbulas lo devoramos en un santiamén. El alcohol que al pisco se le había bajado al cuerpo, a nosotros se nos subió a la cabeza.

Fue la primera borrachera que tuvimos en casa que se repitió en cada Navidad hasta que nos dispersamos por el mundo.

Cuando pruebo este pavo insípido aquí en tierra extraña, añoro los graznidos que despertaban el cosmos de los piscos que ahogaban en alcohol sus últimos días.

Almas gemelas

No sé cómo supo de mi muerte, pero ... me alegro de verlo feliz.

Ahora que soy como los dioses lo veo llegar a casa, abrazar a mi mujer y en ese abrazo sentir que no volverán a separarse nunca, como lo hicimos 20 años atrás cuando éramos amigos inseparables.

Victoria era su novia y yo se la quité. Había empezado a dejarme metido, a incumplir nuestros compromisos que eran ineludibles: ir a bañarnos al río, matar pájaros por matarlos, retozar con la gorda Betty hasta hacerla gritar con sus orgasmos, robar frutas en la Granja San Isidro y libros en la librería, montar en la burra rucia, ...

Me dio rabia con Victoria. Ella era una niña bien que veía mal lo que hacíamos. Hugo empezó por mantenerse arreglado, peinadito, perfumadito, por no matar pájaros o por toser o empujarme para que errara el tiro, por verle demasiados gordos a la gorda Betty, por denunciarme donde don Miguel como el roba frutas y donde doña Anita como el roba libros, por regar el cuento que la montada en burra era para ...

Le puse peros a su relación con Victoria; que era una mimada, creída, malcriada, flaca, narizona, desgarbada, ojos de sapo, chillona, teta'e limón, diente'e conejo, jetona, ... Cada adjetivo tenía efectos contraproducentes. Hugo se aferraba más a ella hasta que un día no se aguantó y me

reventó la enorme que tengo porque le criticaba a su adorable novia.

No reaccioné porque me golpeó de sorpresa y porque la sangre no se detenía. Pensé que por la boca iba a morir. Por varios días dejé de verlo. No le guardaba rencor porque el aburrimiento me lo impedía. Sentía que solo, las travesuras carecían de sentido. No había con quien comentarlas hasta la saciedad.

De lejos los espiaba. Eran felices. Estaban hechos el uno para el otro. Hasta Victoria se veía bella, no le chillaba la voz, los ojos eran dulces, los senos y el trasero deliciosos y la boca carnosa como las moras que arrancábamos cuando íbamos para el río. Victoria era un ángel y yo una bestia. Así me porté y la violé.

El escándalo de la niña bien se evitó con nuestro matrimonio. Nos enviaron a la ciudad donde el anonimato no dejaba rastro para el escarnio. El dinero de nuestros padres estaba allí para mantener el prestigio y todo lo que eso conlleva.

Acostumbrado al *beatus ille*, en la ciudad fui infeliz como fue mi matrimonio con Victoria, quien siempre suspiraba y en su suspiro alcanzaba a leer en letras mayúsculas el nombre de su amado, mi gran amigo.

Hugo juró no perdonar nunca mi traición hasta que me muriera. Ahora que sabe que descanso para siempre porque he vuelto a ser polvo cósmico, ha cumplido su juramento. En ese abrazo que veo con ese ojo que tenemos los que hemos cruzado el umbral de la vida, compruebo que Hugo y Victoria son almas gemelas.

Vellocino de oro

Cuando al pintor LeonoeL le comisionaron unos desnudos “para un cliente que paga bien”, como le dijo el intermediario decorador, dejó por un momento su cara agria para darle paso a una sonrisa triunfal. Por fin podría darle algo a Juan Angel, a quien le debía dos años de arriendo.

Dispuesto a no perder esta comisión le pidió a María que lo contactara con la Escuela de Arte Nuevo Mundo donde ella trabajaba. Atenta a todas las solicitudes de su amado artista, le consiguió el teléfono de la secretaria encargada de contratar a las modelos para las clases del plantel.

–¿Podrías ayudarme a conseguir una chica de unos 25 años?

–Esto no es una agencia de modelaje, ni un club de *strip tease*, es un *college* –le contestó una voz de perro guardián.

–Lo sé –dijo LeonoeL a punto de perder el control–. María, la vicepresidente me dijo que usted tiene los datos de las modelos.

–Ah, claro –dijo la voz esta vez con tono servil.

–Es para que venga a mi estudio. No se preocupe que yo ya soy un veterano. Lo hago porque necesito urgentemente cumplir con un pedido. Estoy dispuesto a pagar bien.

Luego de anotar unas direcciones que la solícita secretaria

le facilitó, tras comprobar que era “el amigo” de la jefe, LeonoeL le agradeció su amabilidad retardada y se despidió con tono zalamero.

Días antes me había comentado que un sueño que empezó agradable, poco a poco se convirtió en pesadilla. Una hermosa modelo se le presentaba todas las noches. Se le metía en sus sueños y le posaba en todas las formas empezando por las clásicas, siguiendo por las eróticas y terminando con las XXX.

–Lo único que puedo captar es el vellocino de oro que tiene entre sus piernas –me confesó con desaliento, ojeroso, demacrado–. Es como si el sol se hubiera posesionado de su vello púbico parecido a los cabreros que “se asomaban por el tejido del traje de baño de la mujer del austriaco.”

El viernes apareció en el estudio una despampanante mujer. LeonoeL quedó mudo y sus canas se pusieron más blancas. La chica esperaba encontrarse con un joven pintor e hizo un gesto con los hombros que el pintor interpretó como de resignación. Era la modelo que siempre había buscado LeonoeL y por un momento creyó que su pesadilla regresaba al sueño agradable.

–Me llamo Néfele y soy hija de los dioses –le dijo la mujer sin mirarlo. Despectivamente le preguntó que dónde ponía la ropa.

La trabazón de la lengua le impidió a LeonoeL emitir sonido. Le señaló un sofá destartado que se levantaba en medio del desorden de pinturas, bastidores, brochas, papeles, ... La modelo empezó a desvestirse con un ritmo que le recordó a las chicas que iba a ver en el club de *strip tease*.

–¿Hay alguien más en el estudio?

–Nooo ... eeestooy sooloo –dijo LeonoeL tratando de tomar aliento.

Una vez desnuda le preguntó cómo quería que posara, pero

el pintor no supo cómo colocarla. Mientras ella ensayaba varias poses LeonoeL caminaba en círculo el estudio como animal en acecho.

—¿Puedo fumar?

—Síiiii... —contestó olvidando que nunca nadie lo había hecho en su estudio. Odiaba el humo de cigarrillo.

La chica sacó un paquete y empezó a armar un cacho de marihuana. LeonoeL recordó que de joven el solo olor de la yerba le daba náuseas, pero se aguantó. La inmortal belleza de la modelo, con sus poderes sobrenaturales, le curaba cualquier fobia.

Por fin se acercó a su caballete y empezó a dibujar trazos de la modelo. Como un poseso hacía borradores y borradores. No quería perder ni un segundo. Colocaba el caballete en varios lugares y se daba a la rápida tarea de trazar la figura. Casi no miraba las enormes hojas ni los trazos, sólo tenía ojos para ella.

La pasión del pintor por trazarla en todas las direcciones despertó la curiosidad de la modelo y por primera vez fijó sus ojos en el otoñal pintor. Se dio cuenta que estaba excitado y que su respiración era de alguien a punto de tener un orgasmo o un síncope.

El día que pasó por su estudio, los vecinos no me dieron razón de él. Aunque aseguran que posiblemente fueron sólo visiones, me comentaron que habían visto salir del estudio un carnero volador con un hombre y una mujer cabalgando sobre él. El brillo que emanaba los cegó y por eso no estaban seguros si era LeonoeL con la modelo.

Juan Angel, que llegó a desahuciarlo, recogió el reguero de bocetos, lo organizó en tres grupos que consignó equitativamente en galerías especializadas en lo clásico, lo erótico y lo XXX.

La revancha

Lo vi cómo miraba de reojo los exámenes de los compañeros. Maldecía *sotto voce* al ver que sus respuestas no coincidían ni con el de la derecha ni con el de la izquierda. Llegó a pensar que le había dado un examen diferente, de revancha. Los nervios lo atragantaron y maldijo con más gana. Me miraba echando chispas mientras yo elaboraba este cuento. Se arrepintió de no haber escrito más cosas en la evaluación donde afirmaba en mayúsculas que ese profesor era malo, desorganizado, pedante, creído, y otras palabras recogidas de las alcantarillas que trato de evitar en las clases, en las composiciones y en los exámenes. Se atrevió a insinuarlo ese día y le cayeron a golpes.

De todos es sabido que las evaluaciones las realizan los estudiantes sin la presencia del profesor quien tiene que retirarse unos diez metros del salón. Por eso me extrañó ver salir a Gino como si se lo llevaran los diablos. Al verme se calmó.

—Tuve que salirme para no acabar a golpes a ese ... — y aquí se desbordó en una retahíla que contemplaba las obscenas palabras señaladas por Yesid en la evaluación y pronunciadas por Gino con la rabia que se le salía por los ojos. A Gino lo apoyaron los estudiantes ansiosos de aprender, aquéllos que consecutivamente me nominan profesor del año, galardón que se escapa de sus manos porque la decisión final depende de arriba.

Yesid es un estudiante *cool* que siempre llega tarde a todo.

Parece que lo demoraran las tiendas donde se mide, se compra y se pone a la moda. Nunca repite la muda de marca con que alimenta su vanidad, su ignorancia y su terquedad de mula rucia. En clase no pone atención. Quiere que se la prodiguen a él. Aprovecha cualquier descuido para entablar conversación con el vecino sobre temas que lo apasionan: fútbol americano (*¡soccer sucks!* –dice), boxeo, lucha libre, Xbox.

Se inscribió en mi clase no porque le guste la literatura sino porque estaba convencido que la pasaría por el solo hecho de hablar español.

Como tábano le caí encima. No lo dejaba respirar. “Se la monté”, como decimos en la jerga docente.

Su revancha consistió en quejarse ante las directivas del departamento cada vez que lo hacía quedar como un trasero en clase por no contestar a mis sencillas preguntas, casi a nivel subterráneo, que los demás interpretaban como una burla mordaz a su estúpido comportamiento que ya los tenía hasta el cogote.

Traté por todos los medios de aburrirlo. La experiencia me ha demostrado que esta clase de elementos son un estorbo en las clases, en la universidad, en la sociedad, en el planeta, en el universo.

Tramosos, abusivos, quejumbrosos, perezosos, buscan cualquier oportunidad para justificar su malsana actitud.

«No merecen el espacio y el lugar que ocupan», me dijo una vez un maestro cuando actuaba igual que Yesid. Se ensañó tanto conmigo que terminamos a golpes, después a palabras que pasaron de agresivas a suaves hasta terminar en consejos sobre la adaptación al sistema.

He visto en Yesid un fiel espejo, por eso espero que algún día se dé cuenta de su actitud y cambie. Posiblemente, entonces, llegue a convertirse en un alienado ser humano conforme con un mediocre puesto y no en una bestia darwiniana a cargo de una corrupta corporación.

La patada

Por teléfono me comentó Nelson Mosquera, posiblemente acariciando su panza de Buda, que había escuchado a Saramago decir que 250 poderosas personas poseen el 45 por ciento de la riqueza del planeta.

Como no me interesan las cifras exactas (esas tareas estadísticas se las dejo a escritores prolijos), considero exagerado el número luego de que un profesor de economía de la Universidad de Yoayo me confirmó *sotto voce* (“para evitar omnipotentes represalias”, esas fueron sus temerosas palabras), que no pasaban de 200 los dueños de ese capital. En la cafetería me comentó, todavía con imperceptible voce que el filósofo francés Michel Serres planteaba que «La lucha contra la mundialización debería darse más bien contra un particularismo: contra esos poderosos», algo en que estaba de acuerdo pero que no se atrevía ni siquiera a exponerlo, menos en una caverna donde las sombras imponían su dominio. Veía también que los conflictos a escala planetaria, impulsados por gobernantes peleles, reducirían aún más ese decreciente número.

Infortunadamente no pertenezco a ese grupo. Estoy en la pura periferia, ni siquiera en la otra orilla. Como mis colegas saben, soy un simple profesor universitario sin ninguna garantía de *tenure* por no dedicarme de lleno a lo académico y pretender vivir del cuento.

Esa situación desventajosa me hace recurrir a las ofertas,

a los descuentos, a recortar cupones dominicales, a llevar las sobras de comida de la noche anterior para el mediodía siguiente. No sé a quién sirve el sacrosanto ahorro porque a mí me tiene al borde de la ruina.

Es sabido también de mi misantropía. A la hora del almuerzo prefiero hacerlo con animales que con bestias humanas que miden su inteligencia por la mayor o menor cuantía de lo que poseen. Los animales en cambio, no se paran en esas mientes y se alegran cuando me ven llegar. Los patos vuelan a mi lado, las hormigas levantan sus antenas y las lagartijas sacan su larga lengua para decirme hola cómo estás.

Me siento como Adán en el día sexto del Génesis. Aún más, los animales me tratan como si fuera el dios de los patos, el dios de las hormigas, el dios de las lagartijas, el dios de la creación. Esa algarabía que forman me hizo aumentar la porción de comida, para compartir un bocado de mis sobrados con todos ellos.

Como dios primerizo, cometí el error de concentrar la comida en un solo lugar. Un enorme pato, que se pavoneaba como chancho, lleno de horripilantes verrugas que le colgaban de su papada, se posesionó del mismo. Ya me había percatado de su tiránico dominio. Hasta los patos jóvenes se agachaban en posición sumisa y él displicente los montaba para luego tratarlos de maricas y con un picotazo mandarlos a poner huevos. Mientras el gran pato comía la concentrada comida dándose la gran vida, los demás patitos zigzagueaban de hambre a su alrededor.

Opté por una solución inspirada en un libro que me había regalado un evangelista que gritaba a los cuatro vientos la segunda venida de un redentor en los cuidados jardines de la universidad. Repartí salomónicamente la comida en diferentes lugares a orillas del lago. El gran pato corría de lado a lado graznando desahogado. Los pequeños aprovechaban para llevarse algo en el pico cuando les daba la espalda. El miserable

avasallador no comía y no dejaba comer.

No pude soportar tanta mezquindad y con santa ira traté de espantarlo. El pato graznó con más fuerza. Escuché que por su despreciable pico me lanzaba los insultos más horribles, insultos de pato furibundo peores que los del más bajo estibador.

Hice el amago de coger una piedra para amenazarlo. Se me vino encima y si no me levanto a tiempo me saca un ojo de un picotazo. Me picoteó la mano que interpusé en el preciso momento en que iba derecho a la parte sobresaliente de mi aparato reproductivo.

Mientras detenía la hemorragia de sangre que brotó emulando al manantial del lago, con la pierna izquierda le propiné un patadón que lo lanzó a siete metros de distancia. Los oprimidos patos aprovecharon para abalanzarse sobre la comida. El aporreado pato se recuperó y graznó groserías a diestra y siniestra. Vaya a saber qué les dijo porque, súbitamente, se detuvieron, se miraron unos a otros dándose corajudos ánimos y le cayeron en picada. Atrofiado por mi patada el pato apenas alcanzaba a defenderse. Toda la fuerza se le salía por el pico en imprecaciones impublicables en este impreso que posiblemente caerá en manos de menores. No faltará un profesor trasnochado que, con la lógica peculiar del resentido, quiera utilizarlo para dar una lección sobre la lucha de clases. Con más furia lo atacaban los otros patos que no cejaron hasta que lo vieron con el pico entre las patas en pleno patatús.

Exhaustos los patos se detuvieron cuando exhaló el último suspiro. Se pavonearon frente a su cadáver como lo hacía el pato celebrando con sonoros graznidos que llenaron el lugar. Ya sin la prisa que les infringía el difunto tirano comieron la comida en paz no dejando ni una migaja para las lagartijas, mucho menos para las hormiguitas.

Con una sonrisa de oreja a oreja miré hacia el cielo para

ver si Aquel, que supuestamente lo ve todo, se había dado cuenta de cómo era que había que distribuir la riqueza.

La permanencia de Marta

Le pedí una y otra vez a Luis Miranda que me enviara por email la foto de Marta I. Daza. Las evasivas le hacían enviar fotos de chicas en posiciones comprometedoras. No me atreví a colocar esas tentaciones en mi página *web* por temor a que con un simple movimiento del dedo índice, los propietarios del servidor me la desactivaran. Ese había sido uno de los compromisos que me habían hecho firmar en papel: no hacer concesiones con las imposturas.

Cansado de recibir mi pictórica insistencia, Luis Miranda dejó en manos de Luis Miranda Jr., un cerebro en cuestiones de computadoras, el envío de la imagen de su madre. Vaya a saber qué órdenes le instaló al .jpg que me envió que hacía ver imágenes diferentes a cada uno de los 50 mil lectores de Ciudad Darién cuando trataban de abrir el archivo a través del correo electrónico. (A mí me llegó Beatriz, la de Dante, atravesada de cuchillos acompañada de Paolo y de Francesca.)

El mensaje contenía un enlace que llevaba a la página donde se anunciaba, a última hora, la lectura de Marta I. Daza y sus “Cuentos-poemas de la permanencia”, publicados recientemente junto con otros escritores en una antología titulada “Letras en la diáspora”. Donde debía aparecer la foto de Marta, cada cibernauta encontraba la imagen de su idolatrada estrella.

A las 7:30 p.m. el local de Fifteenth Street Books, en

Coral Gables, donde se realizaría la lectura de cuentos, estaba a reventar. En medio de la muchedumbre todos buscaban al ser que habían visto en la pantalla de sus PC. La cantidad de jóvenes era impresionante. Muchas chicas, emulando a Shakira, se contoneaban por Aragon Avenue. Muchos Ricky Martin también. Había JLos. y Madonas, pero eran las menos.

Como la gran mayoría había ido en busca de su ídolo, escucharon con desgano los cuentos que Marta I. Daza leía con cara de funeral.

Las suaves y apenas perceptibles palabras de Marta retumbaban en el local. Mientras escuchaba su pausada lectura, me parecía que no era Marta sino Schopenhauer que se había posesionado de su cuerpo vestido de negro emitiendo lúgubres y espectrales palabras del mismo color, como el de su pelo, como el de sus ojos, como el de sus ojeras, como ...

Marta es una sobreviviente de la entereza y le duele la muerte de sus amigos: «Yo los he visto morir porque creyeron, porque todo lo dejaron para seguir sus sueños» – alcancé a detectar sobreponiéndome a una emoción amarga empozada que revolcó su verbo y sus marcadas ojeras que denunciaban llantos perennes. Sin embargo, no era tanto su ensangrentado verbo el que me conmovía como la cruda realidad que oculta y que Marta apenas alcanzaba a percibir. Por sus escritos corre la sangre como ríos que contradicen a Heráclito, porque en esas turbias aguas nos bañamos una y otra vez. Y otra vez más ... Esa ruta me ponía frente a esos amigos que «no pudieron burlar su destino prometeico» y «que creyeron en la guerra o que creyeron en la paz»; dos espejismos iguales. Pavor me dio al comprobar que el río era yo pues lo que antes me enervaba y me llamaba como una liberación apenas me tocaba con una ligera emoción.

Noté que igual les pasaba a aquellos a quienes la edad nos

puso «la lucha y el cansancio en los senderos» y que «fuimos parte de la guerra que no se cuenta y que no conocerán» las futuras generaciones.

Estas nuevas generaciones domesticadas por el mundo de los videos, cambiantes y rutilantes, no se conmoverán como no se conmovieron tampoco los jóvenes asistentes que por error de mensaje habían llegado a la reunión literaria en busca de explosiones y fuegos artificiales. Sus inquietos cuerpos escuchaban con displicencia las dolorosas imágenes pintadas por Marta en sus cuentos-poemas, mientras mentalmente recorrían los laberintos de la virtualidad.

Esos cerebros atrapados en la noche rutilante del neón y del contaminante ruido, al salir de la lectura que los enfrentaba, posiblemente por primera y última vez, a muertes, destrucciones y apocalipsis no virtuales, se dieron prisa para dejarles vivir a sus contoneantes cuerpos esa exigente y alborotada vida atiborrada de vanales premuras inmediatas.

Huevos de oro

De joven tuve sueños de ser empresario avícola, sueños que adquirirían vuelo cuando a veces con «Los Condes», grupo musical conformado por ex-alumnos del colegio León XIII, llegábamos a Kikirikí y cada uno se despachaba un pollo en un santiamén. Las clientes de las mesas vecinas nos recriminaban con sus miradas por nuestra forma salvaje de comer. Deshuesábamos los pollos asados como festín de medioevo.

–Vamos a montar un galpón–, le dije a mi mujer al regresar de la luna de miel. Me miró con ojos de sapo, con la sorpresa de quien nunca espera una frase de alguien inclinado a vivir del cuento.

Purina nos vendió 5 mil pollitas a precio de remate con la advertencia que sonaba a orden de que era la única comida que podían consumir. “Ni por el chiras se les debe dar Raza”, había dicho el empleado de la productora de alimentos cuando cerramos el contrato de alimentación de las ponedoras.

Todo iba viento en popa. Los aminoácidos, las vitaminas y los minerales rápidamente las convirtieron en pollas y muy pronto en gallinas hechas y derechas a punto de rendir los anhelados frutos blancos que servirían para ampliar el negocio.

La construcción del galpón, una enorme maloca con techo de paja, fue el último acto comunitario de la vereda de El

Salto donde participaron mis amigos y vecinos entusiasmados con la empresa, que además de dar trabajo, les brindaría la posibilidad de tener los huevos frescos al desayuno, al almuerzo o a la comida.

Los trabajadores del sindicato de Purina, posiblemente aburridos de que les dieran huevo a toda hora, se declararon en huelga. El paro general llevó a una matazón de pollitos que inundaron las aguas del río Magdalena. La cosecha de maíz se destinó para suplantar los productos de Purina. Acostrumbradas a los sofisticados productos químicos, displicentes las gallinas miraban los granos amarillos como la pobre comida de esas criollas que se revolcaban con cualquier gallo a la vista de las 5 mil. Solamente se dignaron consumir unos pocos granos cuando las punzó el hambre. Este cambio de dieta las puso flacas y sin celulitis, como las revolconas.

Olvidando la recomendación del empleado de Purina, mi madre les mandó dar Raza. Las gallinas recuperaron su semblante pero cacareaban sin cesar. Toneladas de alimento Raza devoraban en un santiamén hasta que se pusieron tan gordas que no podían caminar y se iban de pico (“de jeta”, decían los que las cuidaban).

—A las ponedoras se les ha cerrado el culo y hacen mucho esfuerzo pa’ cagar—, le dijo a mi madre el encargado general del galpón. —Parecen chivas porque en lugar de churretas cagan bolitas.

Para evitar que se murieran de estreñimiento se vendieron, no como ponedoras, sino como carne de gallina que no tiene casi valor.

Por pesar, mi madre no quiso vender a una gallina que se había encariñado con ella. El estreñimiento la mató. Se había quedado en un rincón sin poder moverse de lo gorda y al dar el último patatús rodó como una pelota de fútbol.

Por curiosidad le hicimos una autopsia. Cuando estaban

tasajeando la gallina llegaron los que habían comprado las ponedoras en busca de más gallinas. Hasta la gallina que estaba descuartizada querían llevársela al precio que fuera.

En el tira y jala que se formó, uno de los compradores se quedó con la mitad mientras que la otra la agarraba con fuerza el muchacho contratado para alimentarlas. Al caer al suelo, el buche se reventó y rodaron unas bolitas como granos de maíz forrados de excremento.

Los compradores se abanzaron sobre ellos, los recogieron y los guardaron en sus bolsillos sin inmutarse por el fétido olor ni lo gelatinoso de las cagarrutas.

El sueño de crear una cadena avícola que supliera de huevos a toda la región del Tequendama quedó reducido a cenizas. Hasta el nombre que pensaba ponerle lo utilizaron los compradores a quienes les habíamos confesado nuestras aspiraciones ovíparas.

—Ustedes mataron a las gallinas de los huevos de oro— me dijo el dueño de la cadena de asaderos Kikirikí cuando me reconoció una noche que estaba deshuesando un pollo.

—¿De qué me habla ...? —, le dije sorprendido.

—Todas tenían granitos de maíz ... pero de oro macizo.

Vivir del cuento

Y qué piensas hacer... ¿vivir del cuento? No quise responderle a mi mujer que ponía todo el peso de la recriminación en sus palabras. Ya de por sí llevaba días viviendo del aire desde que me despidieron de mi trabajo de editor de una revista pornográfica, dizque por culpa de la guerra contra el terrorismo. Si el aire fuera alimento mi figura no tendría la estampa de un Quijote. Cada despedida de un nuevo empleo me consume más. En lugar de escribir, malgasto mi energía buscando otra fuente que me ayude a poner el magro pan sobre la famélica mesa.

Afortunadamente cuento con un tendero que le gusta la literatura. Don Polo cuida su enorme panza con caricias mientras lee desdeñoso todo lo que le caiga en sus voluminosas manos. Cuando termina de leer los periódicos, revistas, libros de cabecera, se enfrasca en la lectura de recibos de la luz, del teléfono, del agua, ... Lo hace llevado por el snobismo impuesto por unos joycianos muertos de hambre que le pagaron con un *Ulises*. Por mi parte, le pago con libros que revende por tres veces más de lo que me han costado los vegetales en proceso de descomposición, el arroz con gorgojo, cualquier alimento que esté a punto de perecer, ... Conmigo no es tan implacable como con otros llevados de los diablos que llegan ofreciéndole hasta el alma.

La maldad de la guerra ha despertado las bondadosas

fuerzas ocultas del rebusque. Un ejército de desempleados vive en las calles. El regreso al trueque sacó de la alienación a la mayoría de los trabajadores que habían vegetado en sus puestos en espera del retiro. El rebusque lleva a que cada cual produzca cosas tangibles para cambiarlas por lo mismo. Los que llevamos las de perder somos los productores de intangibles. Con cuentos no se puede vivir según el dicho popular; sin embargo, poco a poco se han dado cuenta que éstos son imprescindibles para paliar la desventura. Muchos corrillos de desocupados capotean su hambre con cuentos. Los cuenteros, antes mirados como estorbo, se volvieron chamanes. Los maravillosos mundos que pintan con palabras hacen olvidar la cruda realidad. Para hacer más inolvidables las sesiones, algunos las acompañan con el cocido de las raíces de una planta traída de las selvas amazónicas que permite, según afirman quienes la han probado, ver el Aleph borgesiano.

Cuando mi estómago recibe una buena porción de sopa y seco es cuando me asomo donde Carla. Le he dejado unos libros en consignación y se ha convertido en una vendedora y promotora tenaz de mis cuentos. Al igual que Don Polo, a ella también le pago con libros. A veces le va tan bien, que me da para invitar a mi mujer y a mis escuálidos hijos. Orgulloso recibo la sonrisa complaciente de mi mujer que depone las armas ante la sugerencia de Carla. “Me encantan sus cuentos y a los clientes también”, dice mientras veloz lleva una bandeja paisa, una cerveza, un sancocho de gallina, ... “Debería dedicarse a escribir”, dice melosa y se va.

Pienso que no son los cuentos sino la sazón que unida a la amabilidad de Carla tiene a los comensales chupándose los dedos. “No sólo hay que alimentar el cuerpo, hay que darle algo al espíritu”, les platica mientras insinúa que compren el libro. La dulzura de la frase de Carla despierta al lector dormido o hace renacer al que está ahogado por tanta denigrante imagen televisiva y tanta violencia de juegos

electrónicos. Otros coquetos lo compran movidos tal vez por su belleza. Los veo mirarle el trasero cuando les da la espalda.

Un día después de haberme dado el producto de la venta de varios libros, invité a mi familia. Carla me recibió con alborozo. El director de la Feria del Libro de Puerto Rico había estado almorzando, había llevado el libro, había regresado a almorzar y había llevado una carta donde me invitaba a participar en la feria. “Dígale que llegue no más, allá tendrá comida y dormida”, le había dicho.

Ni corto ni perezoso me las ingenié para irme. “Esta conquista empieza por donde empezó Colón a conquistar el Nuevo Mundo: por el Caribe”, le dije a mi mujer mientras me balanceaba como las palmeras.

–Ojalá no termine como él ... desahuciado ... perseguido...

–Desahuciado y perseguido pero ..

–Ya sé, ya sé ... dividió la historia y ...

–Yo no aspiro a esas grandezas ni a esas bajezas. Sólo vivir ... –“del cuento”, sabía que me iba a interrumpir como si fuera lectora iseriana.

–... del cuento. Eso es lo que hacen tú y tus amigos. Entonces ¿de qué te ... ?

–Yo no me ... Pero ...

–Tal vez si escribiera una no...

–¿Sí? ¿Una no ... qué?

–De pronto eso sí sirva para ...

Rompió el diálogo para evitar que le despachara la descarga que contradecía sus postulados. Después de veinte años ésta se había convertido en nuestra forma de dialogar. Utilizábamos las palabras no alcanzadas a pronunciar del interlocutor para lanzarlas en su contra. Cuando llegábamos

a ese punto, el silencio era más elocuente. Sin saberlo, el 90 por ciento de tinieblas y silencio que pesa sobre el multiverso nos hacía callar para interpretarlo a nuestra manera. Si lo que quedan son sentencias y palabras gastadas por el uso y el abuso para que...

Interrumpí mis pensamientos para no caer en el flujo de conciencia que inunda las bibliotecas y que es el que me piden mis amigos cuando critican mi brevedad y me sugieren, interpretando los deseos de mi esposa, que me lance por los caminos de la novela, ahora exigida por el mercado, posible fisura por donde se escape la posibilidad de algún día vivir para contarla y darle así una vida digna a mis hijos y a ella misma que tiene que soportar mis neurosis, depresiones, desengaños, ...

En Puerto Rico conocí a una profesora experta en ortografía a quien le di este manuscrito para que me lo revisara. Mi situación le trajo a su memoria las angustias del pasado. Había escrito macarrónicas novelas sin llegar a trascender el patio de su casa. Luego intentó dar clases de literatura en la universidad pero el miserable sueldo que le pagaban no le daba para mantenerse viva. Con reticencia al principio y con muchas ganas después se dió a la tarea de sacar libros donde mezcla metafísica, dieta, ejercicios y consejos para alcanzar la felicidad. La verborrea que derrama en sus escritos la acompaña con esotérica parafernalia que le produce más dividendos que los mismos libros.

Me molestó que quisiera meterse con mi estilo que considera llano, carente de la retórica apabullante que exigen las editoriales de postín y los ávidos lectores. Como mis amigos, critica mi brevedad porque según ella desnuda mi incapacidad de enfrentarme a lo monumental. “Si vas a escribir brevedades, ¿por qué no aprovechas el título sugestivo de este libro y escribes un manual de superación personal?, me dijo mientras se llenaba de vibraciones mántricas.

Apiadada de mi crónico desempleo me regaló unas sustancias resinosas para que las queme e inunde mi ambiente de energías positivas. Me entregó una caja de libros junto con una lista de otros. Según ella, si los consulto detenidamente puedo extraer ideas que me ayudarían a vivir del cuento como lo hace ella a plenitud. No quiero agobiarlo a usted porque ya los habrá visto. Llenan las vitrinas de las librerías, los anaqueles de las bibliotecas y los estantes de las casas. Forman parte de la mitología de la nueva era demasiado avanzada para mí que sigo maravillado con la grecolatina, renacentista, aborígen y especialmente con la franciscana que me tiene en estado de postración.

Por un tiempo, en Puerto Rico pude vivir del cuento porque la profesora se dio maña para que mi invitación de tres días fuera extendida a una semana, luego a quince días, después a un mes y más tarde a ...

Me asignaron una sacristía de un viejo convento que habían convertido en modesta habitación.

Tapiado me encontraron en una cripta abrazado a la imagen de la Monja de Borinquen, pero para ello ocioso lector que valerosamente ha llegado hasta aquí, remítase al principio de este libro.

